

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ



Salomón Lerner Febres

Rector emérito

Medalla de Honor R.P. Jorge Dintilhac, SS.CC.

Cuadernos del Archivo de la Universidad **40**

Lima, 2005

Cuadernos del Archivo de la Universidad

Comité editorial

Presidente : José Agustín de la Puente Candamo

Miembros : Juan Carlos Crespo López de Castilla
René Ortiz Caballero
Jesús Vera-Portocarrero Beltrán

César Gutiérrez Muñoz
Archivero de la Universidad

Pontificia Universidad Católica del Perú

Salomón Lerner Febres: Rector emérito, Medalla de Honor
R.P. Jorge Dintilhac, SS.CC.

. -- Lima : PUCP. Archivo de la Universidad, 2005.

90 p. : il. ; 20 cm. -- (Cuadernos del Archivo de la
Universidad; 40)

Archivo de la Universidad PUCP
Apartado 1761 - Lima 100, Perú
Correo electrónico: archivo@pucp.edu.pe
Fax: (511) 626 2857

Hecho el Depósito Legal en la BNP 2005-2346



S. Lerner

Doctor SALOMÓN LERNER FEBRES
Rector emérito
Medalla de Honor R.P. Jorge Dintilhac, SS.CC.
11 de noviembre del 2004
(Foto por Martín Zevallos Ullauri)

Presentación

La presencia de Salomón Lerner Febres en la Pontificia Universidad Católica del Perú es larga y fructífera en todas las dimensiones: enseñanza, investigación, administración universitaria, conducción. Con él me preparé para el examen de ingreso durante el verano de 1965 y, desde aquella experiencia exitosa (porque ingresé), mantenemos una amistad que lleva ya cuatro décadas. Mi opinión sobre él, por tanto, está lejos de ser neutral.

Soy testigo directo de sus diez años de rectorado. Por los acasos de las elecciones universitarias, fui su vicerrector administrativo y conocí de cerca su concepción y su compromiso con el quehacer de nuestra Casa. Hablaré de ellos en los párrafos siguientes usando los verbos en pasado. Sin embargo, su aporte permanece y sigue enriqueciendo a la Universidad.

Tal vez los rasgos más importantes de su gestión hayan sido la capacidad de diálogo, la pluralidad y la exigencia de calidad académica. No es fácil equilibrarlos porque pluralidad significa escuchar y concertar en tanto que exigencia académica es una demanda. Se exige y por tanto, tratándose del Rector, la exigencia va de arriba hacia abajo.

Sin embargo, durante su período hubo un constante esfuerzo por incorporar a todos, por escuchar y por buscar caminos de solución a los problemas armonizando las posiciones hasta donde se podía. Cuando ello era imposible, se hablaba para convencer. Es por eso, entre otras razones, que la Asamblea Universitaria lo reconoció, no bien acabada su labor, como Rector *emérito*.

Salomón fue un Rector que siempre creyó que, para la Universidad Católica, el vuelo debía ser alto. En aquellos años se me apareció

muchas veces como ese Juan Salvador Gaviota luminoso, especialmente cuando siendo vicerrector administrativo me despertaba de madrugada buscando recursos para los nuevos proyectos.

Esto no quiere decir que Salomón no supiera de administración. Por el contrario, sabía y mucho. En cierto sentido fue fácil ser su vicerrector administrativo pero, en otro, tuve siempre el reto de no frenar a la institución.

Por eso la Universidad creció en calidad y cantidad durante sus diez años de rectorado. Crujieron muchas de las estructuras administrativas antiguas y hubo necesidad de modernizarlas. Como Rector, siempre impulsó un cambio razonable sin postergar los valores heredados y las buenas costumbres institucionales.

A todo ello, debemos añadir un ejercicio culto y mesurado del poder. Lo vi tomar decisiones graves sin un temblor de mano, pero detenerse mucho ante las consecuencias que, de alguna manera, pudieran dañar a alguien. La pregunta ética estuvo siempre primero entre las que se formulaba para cada acción y la respondía con conciencia escrupulosa. En lo que a mí respecta, con él aprendí a pensar las cosas más de una vez (no siempre lo hacía) y a forzar los cambios que me parecían indispensables contra la opinión del resto, a un poco menos del 100% pero no a pararlos. He revisado muchas veces las decisiones más importantes de aquellos años y las encuentro siempre proporcionadas y guiadas por el interés de construir institución. Salomón fue el líder indiscutible de todo ello.

Me asombró su compromiso con la realidad peruana. Lo tenía yo por una persona honesta pero no muy involucrada en el quehacer cotidiano de la sociedad. Antes de trabajar diariamente con él, me parecía un filósofo teórico muy serio pero un poco despegado del día a día. Sin embargo, durante su rectorado, nuestra Universidad mantuvo una línea valiente de denuncia y de propuestas alternativas ante los graves problemas de autoritarismo y corrupción que existieron. Más de una vez hubo el peligro de la represalia. Sin embargo, la Universidad Católica habló enérgicamente cuando consideró que era necesario orientar a la opinión pública.

En algún momento de fines de junio y principios de julio del año 2001, en el despacho que tenía yo todos los miércoles a medio día en Palacio de Gobierno con el Presidente Paniagua como su Ministro de Educación, me dijo lo siguiente:

Marcial tenemos que nombrar a la Comisión de la Verdad antes de terminar nuestro período y estimo que el Rector Lerner es la persona idónea para presidirla. ¿Qué opinas?

Me parece bien le dije, he trabajado mucho con él y, si tuviera tiempo, creo que podría hacerlo muy bien.

Entonces, visítalo y convéncelo porque en el Gobierno eres el más cercano a él. Y como el Presidente Paniagua es muy ejecutivo, llamé a un edecán y le pidió que me comunicara con el Rector desde Palacio.

Le pedí cita para un asunto importante y quedé en verlo de inmediato en su oficina de la Universidad. Mientras hacía el trayecto recordaba la feliz vida en el *campus* de la Universidad frente a la agitación de la política, sabía que llevaba un presente griego y me preguntaba qué pasaría con Salomón después de hablar con él.

Nos saludamos y fuimos al grano:

Salomón, el Presidente Paniagua me envía a preguntarte, a nombre del Gobierno, si aceptarías ser Presidente de la Comisión de la Verdad.

(...) (Conocía sus gestos. Sabía que el golpe había sido directo).

Rápidamente salió del millón de pensamientos que seguramente pasaron por su cabeza como ocurre en todo momento de súbita tensión ante los retos de la realidad y entonces me contestó:

¿Crees que puedo ayudar al país en ese cargo?

Estoy seguro que sí y que lo harías como pocos.

Hubo una pausa, como de reflexión.

Dile al Presidente que hablaré con Rosemary y contesto.

El resto es historia conocida y reconocida en el Perú y en el mundo. Este diálogo está reproducido casi textualmente y nunca lo había contado así, en público. Es importante que tengamos una cercanía espiritual a nuestro Perú, al sitio en el que Dios nos puso para vivir. Luego de esta conversación con Salomón descubrí que, para ser universal, hay que ser bien peruano. Le haría muy bien al Perú que todos nos convenciéramos de ello: de ser bien peruanos y, también, de ser universales. Gracias a esa dimensión del pensamiento de Salomón, entre otras razones, tuvimos esta Comisión de la Verdad que ha sido tan importante en el largo trayecto de construir patria.



Marcial Rubio Correa
Vicerrector Académico



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

CONSEJO UNIVERSITARIO RESOLUCIÓN DE CONSEJO UNIVERSITARIO N° 064/2004

EL CONSEJO UNIVERSITARIO:

Vista el acta de la Asamblea Universitaria del 6 de julio del 2004, en la cual se propone distinguir al doctor Salomón Lerner Febres como rector emérito de la Pontificia Universidad Católica del Perú;

CONSIDERANDO:

Que la gestión del doctor Lerner como Rector de la Universidad durante los periodos 1994-1999 y 2000-2004 ha impulsado de modo destacado el desarrollo planificado de la Institución a través de la concepción y de la continua labor de ejecución del Plan Estratégico Institucional 2000-2010, con lo cual se ha consolidado el prestigio de nuestra casa de estudios en el contexto de la educación superior nacional y regional;

Que, en la conducción del rectorado de la Universidad, el doctor Lerner ha ejercido, más allá de las cualidades de gestor administrativo inteligente, honesto y responsable, una señalada influencia intelectual y moral en la comunidad universitaria, a través de la promoción de una continua, renovadora e integral reflexión sobre la identidad, la misión y el destino de la Universidad, en concordancia con sus principios y fines como Universidad Católica;

Que el doctor Lerner ha impulsado un decidido compromiso de la Universidad con la sociedad y el país, en virtud del cual nuestra casa de estudios ha procurado atender a los grandes problemas y emergencias concretos del Perú contemporáneo, y ha prestado su concurso a las necesidades de la vida institucional del país;

Que, en particular, el doctor Lerner ha promovido el empeño de la Universidad por hacer más reconocible su voz cívica y moral frente a los grandes desafíos que ha enfrentado y enfrenta el Perú actual;

Que el doctor Lerner ha sabido imprimir al desempeño del rectorado un relevante carácter docente y dialogante, expresado a través de su incansable comunicación con los miembros de nuestra comunidad universitaria y de sus numerosas alocuciones y mensajes, en los cuales ha destacado el significado trascendente y humanístico de los acontecimientos excepcionales o cotidianos del quehacer de la comunidad universitaria de nuestra casa de estudios;

Que, por lo expuesto, la gestión del doctor Lerner es muy digna del reconocimiento de la Universidad;

En uso de las atribuciones que le confiere el artículo 79° del Estatuto de la Universidad,

RESUELVE:

Designar al doctor Salomón Lerner Febres como rector emérito de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Regístrese, comuníquese y archívese.

Lima, 26 de julio del 2004


RENÉ ORTIZ CABALLERO
Secretario General


LUIS GUZMÁN BARRÓN SOBREVILLA
Rector



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

CONSEJO UNIVERSITARIO RESOLUCIÓN DE CONSEJO UNIVERSITARIO Nº 065/2004

EL CONSEJO UNIVERSITARIO:

Vista el acta de la Asamblea Universitaria del 6 de julio del 2004, en la cual se propone conferir la Medalla de Honor R.P. Jorge Dintilhac, SS.CC., de la Pontificia Universidad Católica del Perú al doctor Salomón Lerner Febres;

CONSIDERANDO:

Que, mediante la Resolución de Consejo Universitario Nº 1102/98 de fecha 11 de noviembre de 1998, se creó la Medalla de Honor R.P. Jorge Dintilhac, SS.CC., de la Pontificia Universidad Católica del Perú para distinguir a aquellas personas naturales, vinculadas o no a la Universidad, que se destaquen por sus valores cristianos, cívicos o humanos, o que hayan aportado significativamente a la Universidad, a la educación superior, a la colectividad o al país;

Que el doctor Salomón Lerner Febres ha realizado una significativa contribución a la Universidad, a la sociedad peruana y al Perú a través de su destacada labor de promoción de la reflexión, la investigación, la actuación y pronunciamiento de la Universidad en relación con los grandes problemas del Perú actual;

Que el doctor Lerner ha manifestado una ejemplar entereza y una firme convicción moral al tomar posiciones públicas con lucidez y energía sobre cuestiones cruciales para el país;

Que el doctor Lerner ha demostrado un profundo compromiso cívico con la sociedad peruana a través del ejercicio del cargo de Presidente de la Comisión de la Verdad y Reconciliación, durante el cual prodigó una actividad ejemplar al servicio de la alta misión de dirigir la investigación de los hechos y las causas de la violencia política abatida sobre el Perú contemporáneo;

Que el doctor Lerner ha realizado además una fecunda labor de promoción de los principios del derecho, de la paz con justicia en las sociedades y entre los pueblos, y del humanismo en la educación superior del Perú y de Latinoamérica durante el desempeño del cargo de Presidente de la Unión de Universidades de América Latina (UDUAL);

Que, en síntesis, el doctor Lerner ha brindado a la Universidad y al país el ejemplo de un pensamiento y una conducta armonizados en la afirmación de los valores de la fe, la justicia, la libertad y el humanismo como fundamentos de la paz social y de la educación;

Que, por lo expuesto, existe mérito para el otorgamiento de la Medalla de Honor R.P. Jorge Dintilhac, SS.CC., de la Pontificia Universidad Católica del Perú al doctor Salomón Lerner Febres;

En conformidad con lo establecido en la Resolución de Consejo Universitario Nº 1102/98 de fecha 11 de noviembre de 1998 y en uso de las atribuciones que le confiere el artículo 79º del Estatuto de la Universidad,

RESUELVE:

Conferir la Medalla de Honor R.P. Jorge Dintilhac, SS.CC., de la Pontificia Universidad Católica del Perú al doctor Salomón Lerner Febres.

Regístrese, comuníquese y archívese.

Lima, 26 de julio del 2004


RENÉ ORTIZ CABALLERO
Secretario General


JOSÉ GUZMÁN BARRÓN SOBREVILLA
Rector

Salomón Lerner, rector y ciudadano esclarecido

Máximo Vega-Centeno Bocángel

Quiero, en primer lugar, agradecer al señor Rector y al Consejo Universitario que han tenido la gentileza y el gesto de confianza de encargarme intervenir, en nombre de la comunidad universitaria, en esta ceremonia que es, de toda evidencia, de enorme significación en la vida institucional.

En segundo lugar, quiero recordar y afirmar con toda fuerza que, la gratitud y el reconocimiento de iniciativas y esfuerzos, aunque no estuvieran todos coronados por éxitos espectaculares o muy visibles, es una virtud humana, lamentablemente no muy extendida pero no por ello menos eminente o excelsa. Practicarla honra a las personas y a las instituciones y por ello debo comenzar reivindicando el mérito de nuestra Universidad y de todos sus integrantes al reconocer formal y solemnemente los méritos de Salomón Lerner, profesor en ejercicio y Rector de nuestra Universidad durante diez años y de expresarle su gratitud.

Ha habido ya ocasiones en que la simpatía conquistada por él, la seguridad que han otorgado su actitud y su desempeño y la adhesión que han logrado sus iniciativas así como su palabra elocuente y siempre reflexiva, ya se han manifestado en forma espontánea aunque tal vez dispersa. Ello ha ocurrido con el acercamiento de personas algo alejadas e incluso escépticas al comienzo de su gestión, también como respuesta a sus convocatorias amplias y libres de prejuicios y finalmente en el aplauso fervoroso en no pocas ocasiones. Pero, hoy, con toda justicia, el reconocimiento y el cariño de la comunidad universitaria debe y quiere manifestarse formalmente.

Anotemos que por su origen y por su contenido este acto es una fiesta, una celebración, en el sentido más noble de estos conceptos y es, por sobre todo, una práctica socio-cultural de las más auténticas que manifiestan la vida de las comunidades, que afirman sus valores

y que reconocen la presencia y la significación de las personas.

Para la PUCP, Salomón Lerner es una persona cuya pertenencia e identificación institucional es indudable y es continua, desde sus etapas de estudiante hasta las de profesor y de autoridad y lo es, afortunadamente, con una proyección que no está fechada. En cada una de estas etapas habría hechos y testimonios para recordar y para reflexionar, para desprender enseñanzas. Sin embargo, esto no está a mi alcance. Una biografía, aunque fuera sólo un recuerdo de efemérides o una historia personal razonablemente completa requeriría mucha mayor información, experiencia directa y competencia filosófica de las que carezco. Ciertamente sus profesores y sus condiscípulos, así como sus alumnos, podrían ofrecer un aporte más rico y documentado que escapa a mis posibilidades. Estoy seguro, eso sí, que su paso o su trayectoria no fue nunca insignificante y que justamente por esa razón pudo escalar, en etapas sucesivas, responsabilidades docentes y de autoridad, cada vez más importantes.

Dentro de las limitaciones mencionadas quiero referirme, pues, a sólo dos aspectos que, si bien se nutren de todo lo anterior, son manifestación de la madurez alcanzada y de la riqueza de la formación intelectual adquirida a su paso por la universidad y enriquecida por el ejercicio continuo del trabajo intelectual; a lo cual hay que añadir, no como un apéndice, sino como algo esencial, la solidez y lo creciente de sus convicciones humanistas y cristianas, convicciones que se han ido consolidando al ritmo y en diálogo de su crecimiento intelectual y su maduración humana.

Me referiré pues a su desempeño como Rector de nuestra Universidad y a su presencia en la vida pública del país, es decir a su desempeño como ciudadano y, hay que decirlo, como ciudadano esclarecido.

Por definición, el rector es la persona que rige y conduce, la que tiene a cargo el gobierno de una comunidad y, gobernar no es sólo ejercer el poder sino convocar, conducir y orientar la marcha de la institución que es comunidad de personas que no han renunciado a ninguno de sus atributos esenciales de libertad, originalidad y

responsabilidad. Asumir un rectorado universitario supone, pues, claridad de visión e identificación con fines y objetivos que abren a perspectivas nuevas, pero también supone una actitud que convoque y que dialogue con esa comunidad, en la búsqueda común del saber y con voluntad concertada de servir a la sociedad.

Un rector de universidad no es pues sólo el depositario de un mandato para ejercer el poder y para asegurar lo que se podría decir, la marcha normal de la institución. La universidad es siempre un proyecto que no renuncia a su historia y experiencias, pero que está abierta, en busca de lo nuevo y superior y, a veces también, es desafiada por las situaciones nuevas que crea el avance de la ciencia y las que plantea la evolución de la sociedad. Si no lo hace, estaríamos en lo que el mismo Salomón Lerner llamó alguna vez las *neouniversidades*, cuya finalidad y significación histórica está por ver. La universidad, entendida como acabamos de recordar, es más bien una institución con fines muy elevados y con responsabilidades sociales de gran importancia y de carácter permanente.

Ser rector no es entonces una tarea sencilla ni un papel fácil de desempeñar o cubrir, aun en una institución ordenada y en funcionamiento o estable como la nuestra. Tal vez para ilustrar la idea, permítanme relatar una experiencia anecdótica. Hace algo más de veinte años, el rector de entonces, doctor José Tola, me encargó asistir en representación de la Universidad a un acto solemne de relanzamiento de la Maestría en Administración en una venerable universidad y, al hacer uso de la palabra el Decano, explicablemente identificado con la especialidad y su importancia y, creo que bajo la influencia de la emoción del momento, exaltó las virtudes y las posibilidades de la disciplina de la Administración y, en el momento cumbre de su discurso, exclamó que eso era lo que necesitaba la universidad y que en lugar de llamar rector a su primera autoridad, se le debería llamar ¡el Administrador de la Universidad!

Evidentemente, no comparto esta identificación porque resulta empobreciendo la visión del cargo y las funciones rectorales e insisto más bien en las que he descrito antes. La menciono porque siempre existe alguna tentación de privilegiar lo administrativo, que es importante pero no es lo primero.

El rector universitario administra y lidera, convoca e innova, acoge propuestas y procesa requerimientos, en función del avance de la ciencia y de la formación de personas y, creo que es necesario reconocer que mucho de esto hemos visto en el ejercicio rectoral de Salomón Lerner.

En su primera intervención pública, al asumir el cargo, se refirió a *la grave responsabilidad de conservar y acrecentar* los logros ya alcanzados, a la relación de éstos con la vocación universitaria y la opción cristiana de la institución de formar personas para el servicio del país y para la búsqueda de la verdad. Igualmente se refirió a las dificultades del momento y al reto de salvaguardar y difundir, en su más alta expresión, la ciencia y la cultura, sin perder de vista la necesaria y más eficiente administración institucional. Esto, podemos decir, fue su programa, el mismo que de inmediato comenzó a ejecutar.

De la primera etapa de su gestión creo que es necesario recordar la novedad y la utilidad de las reuniones del equipo rectoral con los profesores de las diferentes unidades académicas. Era, sin duda, una forma novedosa de asociar a la comunidad universitaria a los proyectos y a la percepción de problemas de sus autoridades y de recibir en forma directa y no sólo en función de problemas o reivindicaciones puntuales, las inquietudes, aspiraciones y propuestas de los profesores. No todo se cumplió enteramente y ciertamente quedaron y quedan cuestiones pendientes, pero se había inaugurado una nueva forma de abordar proyectos y problemas.

Más adelante se tomaron iniciativas importantes que superaban viejos temores, celos institucionales o de especialidad. Se crearon unidades nuevas o se reestructuraron otras en forma que se trataba de estar a tono con las exigencias del momento y también de ampliar el abanico de propuestas y ofertas académicas que nuestra universidad estaba en posibilidad de ofrecer al país.

No voy a detallar estos aspectos que, por lo demás, están expuestos en las sucesivas Memorias del Rectorado, sino que voy a resaltar algo que me ha tocado experimentar directamente y que es muy indicativo de su forma de liderazgo y de trabajo en equipo. Es a

propósito de la creación de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo. La iniciativa y las razones para intentarlo fueron del Rector, ya que teníamos importantes desarrollos en Ingeniería Estructural, en Artes, en Humanidades y en Ciencias Sociales. Suyo fue el encargo para tomar contacto con personas e instituciones que pudieran apoyarnos y suyo el gesto de dar libertad total para formar y conducir inicialmente el grupo de trabajo. Finalmente, suyo fue el mérito de delegar responsabilidades sin condicionar ni mezquinar apoyo ni orientación. Estoy seguro de que en forma similar se concretó la creación de la Facultad de Ciencias y Artes de la Comunicación, la creación de la Escuela de Negocios, CENTRUM, la Universidad de la Experiencia, nuevas especialidades en Ingeniería y la reapertura de Ciencia Política, aunque en varios de estos casos la iniciativa proviniera de las propias unidades y esta vez el mérito fue el de acoger iniciativas y canalizar su conclusión. Algo similar se puede decir de la creación y equipamiento de institutos como el CETAM o del relanzamiento del IDEA o del Centro de Transferencia Tecnológica y de otros. Finalmente, es necesario referirse al enorme y sistemático esfuerzo de elaborar un Plan Estratégico Institucional para un período de diez años, asociando ampliamente a la comunidad universitaria en busca de una respuesta organizada al desafío de ofrecer una *Formación integral en tiempos de cambio*.

Todo lo emprendido, intentado y muchas veces conseguido bajo su gestión rectoral, para no caer en un inventario de obras que no es el caso, se inscribe en una perspectiva de liderazgo institucional y de trabajo en equipo y es eso lo que quisiera resumir en la perspectiva de lo que él mismo dijera en su memorable discurso en la apertura del año académico de 1999, cuando más de un conflicto amenazaba a nuestra Universidad.

Hay algunas cuestiones que vale la pena recordar de lo que propuso aquella vez. Una primera cuestión es la reafirmación de la universidad como una *comunidad* en la que profesores y estudiantes buscan la verdad y su plenitud humana con espíritu abierto y actitud de crítica fundamentada. En segundo lugar, es una comunidad *autónoma*, es decir que en un ambiente de libertad diseña proyectos, investiga y asume sus responsabilidades. En tercer lugar es una

comunidad *dialogante* que valora y practica el intercambio personal y de especialidades, es decir la actitud de una comunidad cuyo trabajo se comunica para “convencer y no para vencer”, en que por tanto se es tolerante y pluralista tanto en el enfoque como en las especialidades. En quinto lugar, y justamente por lo anterior, es una comunidad que con mente abierta *explora libremente la verdad* y así enfrenta el desafío de cada tiempo, responde a los requerimientos del mundo y a las expectativas de justicia, de solidaridad y de paz.

Por otra parte, la comunidad universitaria de la PUCP es algo más, en razón de su ser católico. Decía el Rector que es Iglesia en razón de la gracia de la fe que es un impulso hacia la verdad y en ese sentido no es limitante, sino más bien exigencia superior. La PUCP es católica por opción de los fundadores y de los continuadores y, más recientemente y hasta en dos oportunidades, por opción de las Asambleas que elaboraron y reformaron sus estatutos. Lo de católica no es un apellido de escasa trascendencia, no es un signo de nobleza o un elemento de restricción o exclusividad. Es la afirmación de una orientación de valores y de un llamado a graves responsabilidades, por eso, su carácter no entra en conflicto con su espíritu científico ni con su vocación pluralista y sus aspiraciones de verdad.

Ser católica y saberse parte de la Iglesia implica, pues, cuestiones esenciales de la vida institucional, de su búsqueda de la verdad, de su actitud dialogante y de su apertura a lo nuevo, por incómodo o desafiante que parezca. Implica también una relación con la Iglesia institución, sus autoridades y sus normas y, en este campo las situaciones que aparecen no son siempre sencillas y claras. En términos generales y a través de su historia, la PUCP ha recibido apoyo y comprensión de autoridades eclesiásticas de diferente nivel, pero también ha habido ocasiones en que la autonomía institucional, la libertad académica y el sano pluralismo resultaban comprometidos o amenazados en alguna forma. En el fondo, el carácter católico y la adhesión a la Iglesia no estaban y no podrían estar en tela de juicio, sino que lo estaban ciertas formas de asegurarlos. Algunas autoridades eclesiásticas pensaban que era por

intervención o supervisión superior y por la observancia de normas por ella definidas que se podía y debía hacerlo. Internamente, y luego de extensas e intensas deliberaciones de la Asamblea Universitaria, pensábamos que era la propia comunidad universitaria que se debía autonormar y que podía garantizar la fidelidad a sus opciones fundamentales y en este sentido respaldamos la firmeza de la posición del Rector.

Aquí aparece otra dimensión y calidades que creo es oportuno recordar. Se trata del manejo de problemas de relación y de una relación que no es entre rivales y por tanto no es de confrontación, sino de una relación entre fieles al mismo Evangelio, con funciones y carismas diferentes, como nos lo recuerda San Pablo. Ahora bien, frente a una mala tradición marcada por privilegios y prerrogativas jerárquicas, resulta que un verdadero diálogo no es habitual ni es fácil, como lo puede ser en otros medios, y se requieren dos condiciones que no siempre van juntas y que incluso parecen excluyentes. Se trata de la firmeza y de la flexibilidad en las relaciones entre adultos. Firmeza para mantener posiciones razonables, condición que era imperativa y era el acuerdo formal de la Asamblea a que me he referido antes y flexibilidad para evitar conflictos en los que, aun asistidos por la razón y por la justicia, ciertas tradiciones y los poderes eclesiástico y civil podían inclinar la balanza en forma poco predecible. Estoy convencido de que en este aspecto la gestión del rector Lerner y de sus vicerrectores Luis Guzmán Barrón y Marcial Rubio fue notable y nueva en el medio. En efecto, hasta en tres oportunidades se constituyeron en Roma para dialogar directamente con las autoridades y funcionarios del Vaticano, para aclarar puntos y aunque quedaran aun algunas cuestiones pendientes por uno y otro lado, se afirmó la autonomía y la respetabilidad de nuestra Universidad y su carácter de interlocutor válido, como en realidad es o debía ser toda célula de Iglesia. Discutir o reivindicar no es necesariamente sinónimo de reprehensible rebeldía o de flagrante infidelidad, como nos lo recuerda el episodio que relatan la Epístola de los Gálatas y los Hechos de los Apóstoles en que Pablo increpa a Pedro, nada menos, sus debilidades judaizantes que se alejaban del mensaje original de Cristo.

Firmeza o energía, que no es prepotencia, unida a serenidad y actitud de escucha positiva, que no es sumisión automática, es lo que hemos podido apreciar, aun en momentos de tensión e incomprendiones.

La actitud y el estilo de Salomón Lerner ejerciendo su papel de primera autoridad de nuestra Universidad me tienta de hacer una analogía que no es muy académica pero que me parece ilustrativa. Pido pues disculpas por la pérdida de nivel y les ruego, por un momento, pensar en un jugador de fútbol cuyo objetivo, lo sabemos, es avanzar hacia el arco rival y vulnerarlo. Un experto en estas cuestiones dice que hay dos formas de hacerlo, una es la del *chocador* que trata de superar al rival por su fuerza y que, evidentemente logrará su objetivo si la confrontación de fuerzas y las circunstancias lo favorecen. La otra posibilidad es la del *habilitoso* o del *talentoso* que con inteligencia o velocidad logra su objetivo. Más allá de algunas expectativas exacerbadas, creo que Salomón Lerner y su equipo, evitaron no pocos choques y, la habilidad, que en este caso son sólidas razones, profundas convicciones y buen manejo de la información han contribuido, en gran medida al clima, las posibilidades y seguridades que nuestra Universidad tiene ahora.

En este panorama, no se puede olvidar lo que concierne a las relaciones con la sociedad y con el poder. La universidad tiene un papel y una grave responsabilidad de opinar y de orientar en razón de las ramas del saber que cultiva y de la autoridad moral que le dan su historia y su trabajo. En otro tiempo se hizo a través de pronunciamientos y también, porque la institución era consultada, pero otras veces se cayó en prudentes silencios para no comprometer a la institución o porque en el fondo no se concedía mayor importancia a lo que sucedía y al rol que le corresponde a la universidad. En los diez años que estoy revisando, hemos vuelto a la sana y valiente costumbre de opinar y de hacer saber al país cual es la opinión de la PUCP y de hacerlo en forma oportuna o inmediata. Así se entendió cómo nuestra Universidad debía estar atenta a las necesidades de la nación y cómo debía asumir la responsabilidad de comunicar su contento o su desazón en materias diversas y

con autoridad técnica y moral. Nuestra Universidad asumió ciertos riesgos pero aportó criterios y como correlato ha confirmado o recuperado un sitio que la hace institución de referencia y de especial significación en la sociedad peruana hoy.

En resumen, el rectorado de Salomón Lerner ha significado un período muy alto de superación de la PUCP y ha significado una afirmación de que en libertad y con autonomía es posible, por que es un imperativo, guardar fidelidad a principios y valores, así como tender con eficiencia al cumplimiento de los fines de servicio al país.

La expansión numérica, en términos de estudiantes matriculados y de profesores estables, así como la habilitación de infraestructura, son una consecuencia.

Había anunciado al comenzar y debo abordar ahora otro aspecto de la presencia y desempeño de Salomón Lerner en la universidad y desde la universidad y este es el de la ciudadanía. Por esto mismo, es cierto que mucho de ello ya está en su desempeño docente y como autoridad, pero hay algo específico y notable en su caso y esto es su participación en la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR).

Es evidente que en su designación como Presidente de la misma hay una doble referencia, una es a la institución y la otra es a la persona. Lo primero, en buena medida, porque la presencia y autoridad moral de la Universidad estaba en alza y ello no es independiente de su gestión y de su palabra. Lo segundo, porque sin buscar protagonismo se había dado a conocer como una persona de alta competencia y con calidades de organizador y de líder. Sumemos a esto que su designación se produjo durante un período de gobierno excepcional en el que se afrontaron problemas con energía y honestidad, y en que se rescataron valores y personas capaces, lejos de cualquier sectarismo y sólo en razón de competencia y calidades éticas.

Salomón Lerner fue identificado como la persona capaz de afrontar un encargo amplio, impreciso y muy delicado. Se le pidió trabajar

con un grupo de personas con motivación y competencias diversas para esclarecer lo ocurrido en un período particularmente grave de nuestra historia. Él debía, en realidad, darle forma y estructura a la Comisión y diseñar su trabajo. En estas condiciones, en las que, eso sí, recibió el apoyo y colaboración de la Comisión, debió afrontar voces y maniobras de quienes cuestionaban la pertinencia de una tal comisión y la oportunidad de su convocatoria y composición. No podemos olvidar que se trató de hacer cuestión de estado del período de investigación e igualmente de la mecánica de designación de los miembros, reclamando, por ejemplo, que lo fueran por votación del Congreso. Evidentemente se trataba de neutralizar investigaciones o esclarecimientos, de excluir períodos presumiblemente comprometedores o de asegurar presencias interesadas para predeterminedar un rumbo a la CVR. Por lo mismo, presidir tal comisión era todo un desafío de organizar y liderar a un grupo de personas con variadas competencias y experiencias y de afrontar, al mismo tiempo, un mundo de problemas graves en medio de una velada y a veces descarada resistencia a conocer la verdad y a asumir responsabilidades.

Una vez más afloró la capacidad de liderar grupos, de seleccionar colaboradores y de delegar funciones y tareas que ya hemos mencionado. Esto hizo posible que, en el tiempo previsto, se pudiera presentar un informe sólidamente documentado y un conjunto de propuestas en vía de la necesaria reconciliación nacional.

Al comienzo de los trabajos más de uno se preguntaba qué podría hacer un profesor de Filosofía en temas y a propósito de problemas como los que planteaba la nefasta acción terrorista, la respuesta equivocada y no pocas veces excesiva de las fuerzas del orden, el abandono de poblaciones campesinas, la ausencia real del Estado en muchos puntos y, finalmente, la indiferencia de la mayoría. Tal vez se pensaba en la caricatura del filósofo especulando encerrado en su gabinete y desconectado de la realidad, pero apareció la figura del filósofo, completo y comprometido, que con la fuerza de las ideas y las convicciones humanistas del ciudadano, así como con las calidades personales y capacidad de diálogo pudo afrontar con éxito las tareas encomendadas. Es evidente que eso tomaba

tiempo, exigía dedicación e imponía desplazamientos y, en ese sentido, hay que reconocer el mérito del apoyo institucional que recibió, particularmente de los dos vicerrectores, Luis Guzmán Barrón y Marcial Rubio que habían comprendido la importancia del encargo y la responsabilidad que recaía, en realidad, sobre toda la Universidad.

El trabajo de Salomón Lerner en la Comisión de la Verdad y Reconciliación ha sido sobre todo de liderazgo, de coordinación y ha sido, como él mismo lo ha señalado en diversas ocasiones, de aprendizaje y de un aprendizaje doloroso. En efecto, él mismo y los demás comisionados han visitado las zonas más afectadas, han dialogado con los actores, víctimas y victimarios, testigos y observadores y también con autoridades civiles, militares y eclesiásticas, para obtener una visión certera de los hechos y medir el alcance de lo ocurrido, evaluar las consecuencias y desprender los compromisos. Para ello se acercaron y confrontaron directa y duramente con la realidad.

En esa forma, la Comisión de la Verdad y Reconciliación ha comprobado que la mayoría de los afectados, los muertos, los desaparecidos y sus familias han sido campesinos quechuahablantes, pero esto que era una percepción global e imprecisa se ha podido documentar y aproximar numéricamente en un esfuerzo que es, simplemente, notable. Anotemos de paso, que ese esfuerzo planteaba un problema de comunicación directa y esto me actualiza una vieja preocupación y es de que los profesionales que forma nuestra Universidad y que van a trabajar con poblaciones como esas, deben conocer suficientemente el quechua y en general los idiomas nativos. Me refiero en primer término, evidentemente a los de Ciencias Sociales y de Educación, a los que ejercerán la magistratura, a analistas y conductores de programas sociales que deberían tener la oportunidad de aprenderlo. Actualmente se ofrecen esas posibilidades en nuestra Universidad sólo en Estudios Generales Letras, así como a través de ciclos electivos, fuera del *campus* y, curiosa contradicción, en una unidad que se denomina Escuela de Lenguas Extranjeras.

La Comisión de la Verdad y Reconciliación ha acumulado y sistematizado información nueva y ha precisado percepciones borrosas utilizando o asociando a diversos especialistas, que han podido aplicar refinados y eficientes métodos de investigación en las distintas disciplinas concernidas y ha realizado un notable trabajo de reflexión sobre la evidencia encontrada, sobre las causas y circunstancia de las diversas ocurrencias y sobre su significación. Eso es lo que se ofrece en el rico y voluminoso Informe Final que es un trabajo colectivo, pero lleva el sello del estilo y las convicciones de su presidente.

El Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación es un aporte sustancial al conocimiento de la realidad nacional más profunda y casi sistemáticamente ignorada u omitida. No hay exclusiones selectivas ni reivindicación frívola de glorias o martirios de los cuales alguien pueda vanagloriarse o justificarse. Es un documento que con coraje muestra realidades que a veces se ha tratado de disimular o cubrir interesadamente. Al mismo tiempo es un documento cauto y equilibrado en el que sólo algunos fundamentalistas han encontrado sesgos o excesos. Es un documento que ayuda a conocer, amar y servir mejor a nuestro país.

Era necesario conocer a través del testimonio de los principales actores, cuál era el perfil de las responsabilidades, cuáles son las exigencias de la justicia, condición para una efectiva y duradera reconciliación. En fin, era necesario conocer las demandas o las expectativas de quienes sufrieron la violencia en carne propia y cuál es y de qué naturaleza debe ser la reparación que la sociedad debe a los afectados.

Todo esto no ha sido ni unánime ni efectivamente aceptado por la sociedad peruana y no se han asumido los compromisos y las responsabilidades que se desprenden. Es el trabajo que queda para los que hemos recibido el Informe.

Si bien el trabajo de la CVR concluyó formalmente el 31 de agosto del 2003 al entregar el Informe Final, la proyección de sus trabajos continúa en el sentido que el testimonio, las explicaciones que se

solicitan y la participación en foros y debates son continuas y variadas. El trabajo y los aportes continúan. Prácticamente se diría que en alguna forma el trabajo de los comisionados se prolonga y muy positivamente y, en el caso de Salomón Lerner más todavía por su papel y su liderazgo, por haber sido el vocero autorizado y eficiente, así como porque formal y estructuradamente continúa en trabajos similares, ya no de investigación en el campo, sino de reflexión, de formación y de asesoría en el Instituto de Democracia y Derechos Humanos, que nuestra Universidad ha creado por iniciativa de él mismo y de algunos de sus colaboradores en la Comisión de la Verdad y Reconciliación.

Me he referido hasta ahora y tal como lo había anunciado, a dos aspectos de su trayectoria y de su presencia en la Universidad, pero, ciertamente sus merecimientos no se agotan en ellos y quedan muchas cuestiones por mencionar.

Hay algunas que, como ya he señalado, escapan a mis competencias y aun a mi atrevimiento, y una de ellas es su desempeño y producción intelectual, materia que queda para los especialistas y sobre la cual solo debo decir que en las oportunidades que he podido escucharlo o leer documentos preparados por él, he podido comprobar y apreciar un elevado nivel y un acercamiento notable a problemas y preocupaciones de diferentes áreas o especialidades, como han sido las alocuciones en eventos importantes de diferentes Facultades o en ocasiones significativas. Igualmente, en ocasión de eventos internacionales en los cuales ha marcado una presencia importante y ha comprometido reconocimiento, como es el caso de su larga presidencia de la UDUAL.

Finalmente, algo que deseo especialmente mencionar es su estilo personal sencillo, abierto y dialogante que le ha hecho dignificar los cargos y responsabilidades que ha debido asumir, muy concretamente el de autoridad universitaria y nunca revestirse de la dignidad del cargo. Habría muchos gestos concretos de esta manera de desempeñarse que sólo por la tiranía del tiempo debo pasar por alto, ya que he sido testigo de no pocos de esos gestos y algunos me han encontrado como interlocutor privilegiado.

Cuando recibió el encargo de presidir la Comisión de la Verdad y Reconciliación y ya era notorio su excelente desempeño como Rector, un colaborador mío en la Escuela de Graduados, el Coordinador Académico que ya no está con nosotros, Víctor Camacho, hombre de amplia formación universitaria y con larga experiencia de autoridad, me dijo *es una lástima que el doctor Lerner haya sido involucrado en esta tarea que lo va a maltratar y lo va a confrontar con trabajos que tal vez no le corresponden*. En el fondo y con toda simpatía, había alguna duda respecto de sus condiciones para afrontar la delicada tarea. Más adelante, luego de la entrega del Informe Final y de los dos notables discursos, en Lima y en Ayacucho, el mismo Víctor me dijo *creo que la Universidad comienza a quedarle chica al doctor Lerner* y esto mostraba el convencimiento, luego de la dura experiencia que el doctor Lerner estaba en condiciones humanas e intelectuales para cumplir esa y tareas más importantes.

No conozco y no tengo algún designio de proyectarlo fuera de la Universidad, pero sí estoy seguro que dentro del claustro y a partir de él continuará contribuyendo a la elaboración de conocimiento, a la reflexión sobre la realidad y a la construcción de humanidad, es decir de una sociedad justa en que la felicidad de todos sea posible.

Por tu aporte ya concretado y por tu aporte futuro, gracias Salomón; y a todos ustedes, cuyo sentimiento espero haber expresado, pese a mis limitaciones y mis sesgos, gracias por haberme escuchado.

Salomón Lerner Febres, auténtico universitario

Luis Guzmán Barrón Sobrevilla

Nuestra comunidad universitaria se reúne hoy en sesión solemne para conferir al doctor Salomón Lerner Febres la *Medalla de Honor R.P. Jorge Dintilhac, SS.CC.* y distinguirlo asimismo como Rector *emérito* de nuestro claustro. Al honrarlo de este modo, deseamos resaltar y reconocer a una persona que, ya sea desde la docencia, la gestión universitaria u otros cargos de singular importancia para la vida nacional, ha sabido asumir un compromiso cabal y permanente con nuestra institución, encarnando por ello con autenticidad los valores que ella defiende y proclama.

Si tuviéramos que subrayar una de las múltiples facetas que el doctor Lerner ha desarrollado a lo largo de su fecunda existencia, tendríamos que elegir –por propia confesión y porque así lo demuestra día a día en su quehacer– la de ser un auténtico universitario. En efecto, su trayectoria personal nos revela cómo se lleva de una manera digna y verdadera la vida universitaria, en un trajinar inagotable que no se ha erguido sobre episodios ocasionales sino que, para ofrecer logros consistentes y duraderos, ha sido entendido como motivo de toda una vida.

Digo esto porque, en verdad, la experiencia vital y profesional del doctor Lerner se halla indesligablemente unida a la universidad, a nuestra Universidad, desde hace ya más de cuarenta años. Y en ese tiempo, ya sea como destacado estudiante, como brillante profesor o como gestor administrativo inteligente y responsable que, desde distintos ámbitos, ha sabido encaminar y consolidar el prestigio de nuestra Casa, él no ha hecho sino cumplir con las enseñanzas esenciales que recibió en estos claustros. Me refiero a la integridad, la honestidad, la apertura al diálogo y el apego a la verdad; pero también al amor auténtico por el país, no aquel que concluye en la mera declaración, sino el que se vive con entereza en la vida pública, en el actuar consciente de un ejercicio profesional que es medio de vida y a la vez experiencia de fe en las gentes del

Perú y de compromiso solidario con ellas.

No sería posible, pues, concebir una imagen justa del doctor Lerner divorciándolo del quehacer universitario, de la vida de nuestra Universidad. Y sin embargo, sería no menos injusto olvidar su condición de filósofo o –de un modo más amplio, como él mismo lo aclararía– de humanista especialmente preocupado por los temas vinculados con la reflexión ética y moral. Esa dimensión esencial de su carácter la ha sabido ejercer en la cátedra, a través de sus clases de Ética y Filosofía que aún son recordadas por varias generaciones de estudiantes; en el Rectorado, lugar desde donde no sólo ha promovido una meditación renovadora e integral sobre la identidad y la misión de la Universidad, sino que ha fortalecido la voz de nuestra Casa como conciencia cívica y moral ante los graves desafíos que ha enfrentado y enfrenta nuestra nación; y la ha ejercido, finalmente, como Presidente de la Comisión de la Verdad y Reconciliación, cargo desde el cual alentó la búsqueda no sólo de la verdad de los terribles hechos de violencia ocurridos durante los últimos veinte años, sino también enseñanzas de orden moral que nos permitan reconciliarnos con nosotros mismos y construir así una sociedad más justa, pacífica y democrática.

Son estas virtudes las que motivan el que hoy nuestra comunidad universitaria le imponga al doctor Lerner sus más altos distintivos: la *Medalla de Honor R.P. Jorge Dintilhac, SS.CC.* y el título de Rector *emérito*. Este último reconocimiento, hay que resaltarlo, sólo ha sido otorgado a dos personalidades estrechamente vinculadas a la historia de nuestro claustro: el doctor Víctor Andrés Belaunde y el padre Felipe Mac Gregor, cuya lamentable desaparición física nos sorprendió hace muy poco. Desde ahora, pues, esos altos nombres y el del doctor Lerner se entrelazan para así expresar al unísono el sentimiento de admiración que sólo es debido a las personas que con generoso desprendimiento han entregado a esta Casa los mejores frutos de una existencia digna y fecunda.

Estimado doctor Lerner, muy apreciado y querido Salomón:

Por lo expresado, es un verdadero honor felicitarte en nombre de la comunidad universitaria que represento y manifestarte nuestra

satisfacción de que la *Medalla Jorge Dintilhac*, que lleva el nombre del fundador y primer rector de nuestra institución, y el título de Rector *emérito*, que ha de afirmar de un modo permanente tu vínculo con nuestra Casa, recaigan merecidamente en alguien como tú, que encarna aquellas elevadas virtudes académicas y humanas que los ideales de nuestra Universidad propugnan y salvaguardan. Recibe, pues, estos signos distintivos que simbolizan la enorme gratitud de todos aquellos que hemos aprendido de tu saber y de tu quehacer y que hallamos en tu persona un hermoso ejemplo.

En mi casa universitaria

Salomón Lerner Febres

Los medios para expresar nuestra gratitud son, por desgracia, siempre pobres e insuficientes, y parecen ser tanto más limitados cuanto mayor es el motivo que los convoca. Permítanme, pues, convertir carencia en virtud y expresar con una sencilla palabra –gracias– mi inacabable reconocimiento a la Asamblea Universitaria y, junto con ella, a todos quienes, movidos por la generosidad y el afecto, han querido distinguir a mi persona, hoy, con este honor obviamente inmerecido de ser nombrado Rector *emérito* de nuestra Universidad.

Acepto y agradezco esta distinción con el mismo espíritu con que años atrás asumí el cargo de rector de nuestra Casa de Estudios; quiero decir, con la conciencia de que, más que de un privilegio, se trata de una alta responsabilidad que me declaro dispuesto a honrar poniendo en ello lo mejor de mis contados talentos y capacidades.

No puedo avanzar en estas breves palabras sin expresar de inmediato mi agradecimiento especial a Máximo Vega-Centeno por sus generosas palabras. Colega y amigo, maestro de generaciones, Máximo ejemplifica muy bien aquello que algún día yo quisiera poder reclamar como único mérito: una vida de entrega a nuestra Universidad y, por medio de ella, a la formación profesional y moral de jóvenes para el servicio del país.

Mi vida en la PUCP

Me agrada pensar, a veces, que esa pretensión no es del todo irrazonable si tengo en consideración que tres cuartas partes de mi existencia se hallan ligadas a nuestra Casa de Estudios. En efecto, ingresé en ella cuando tenía quince años, y desde entonces, como estudiante, profesor o autoridad académica y administrativa, no

he dejado de estar vinculado con la Universidad Católica. Ella, por lo demás, ha trascendido para mí, como para muchos otros, la esfera académica y laboral para convertirse en parte de mi vida más personal, en centro de mis afectos y de mis compromisos morales, en espacio, en suma, de mi realización como persona. Mi esposa, mis hijos, mis amigos más queridos, el mundo de ideas que me alimenta, las causas que me conmueven: en suma, mi vida interior, y más aun, el sentido más hondo de esa vida, ha tenido en este *campus* un recinto acogedor y un norte seguro.

Si tuviera que decir cuál de las actividades que he desempeñado y desempeño en nuestra Universidad es para mí la más importante y grata, no vacilaría en decir que ella ha sido y es la docencia. Tuve la fortuna de encontrar tempranamente esa vocación y, por tanto, de iniciar pronto el inagotable aprendizaje de ser, si no maestro, al menos profesor y amigo de mis estudiantes. Circunstancias diversas –de ningún modo arbitrarias, sino propias del momento de cambio que vivía nuestra institución– me situaron al cabo de cierto tiempo en funciones de dirección primero en los Estudios Generales, luego en el Departamento de Humanidades y, finalmente, al frente de un equipo rectoral para, de ese modo, asumir el honroso deber de dirigir por un tiempo el destino de nuestra Casa de Estudios. Eran, como he dicho, tiempos de cambio y también, para nuestro país en particular, tiempos de desafíos y definiciones, y fue nuestro deber –el mío, y el del equipo de gobierno que me acompañó con diligencia y lealtad que deseo reconocer públicamente– conducir a la Universidad Católica por un camino de renovación que le permitiera conservar y acrecentar la vigencia y la relevancia que ella desde siempre había tenido en la vida pública e intelectual del Perú. Sin vanidad, me complace creer que estuvimos a la altura de ese reto. Sería, sin duda, impertinente detallar en esta ocasión los desafíos que encaramos y las respuestas que les dimos; pero no quiero dejar de decir que si esas respuestas fueron atinadas, oportunas o eficientes, ello fue en enorme medida gracias al apoyo de una comunidad académica de singular calidad y a un brillante equipo administrativo de apoyo que hoy quiero encontrar simbolizado en una persona que es ya toda una institución en nuestro claustro: me refiero a la señora Sara Llong, nuestra querida señora

Sarita, asistente de seis rectores, y sobre todo consejera y amiga entrañable.

Fueron años exaltantes y de intensa actividad los que me tocó vivir en el rectorado. Pero dejando de lado las numerosas iniciativas que emprendimos, puedo afirmar que al mirar retrospectivamente aquella gestión encuentro dos motivos de orgullo. El primero, es el haber procurado afirmar a la Universidad Católica como una comunidad; esto es, como un espacio de identidad y de diálogo, de voluntad común por encima de las naturales discrepancias y divergencias, de reconocimiento recíproco a pesar de las obvias diferencias profesionales. No hubo entonces, y de seguro no existen ahora, islas ni vetos; por el contrario creo que fue un propósito plenamente cumplido el de convocar a todas las áreas profesionales y académicas, a todas las facultades y departamentos a que contribuyeran en la tarea común de hacer de nuestra Universidad un recinto de tolerancia y una fuente de servicios al país. De algo estamos convencidos: el espíritu de gueto, que aísla, y el espíritu de secta, que excluye, ha de ser siempre extraño a nuestra Universidad.

El segundo motivo de orgullo, pienso, es el de haber practicado desde el primer día hasta el último una política de puertas abiertas para el diálogo respetuoso, fuera éste destinado a la concordancia, la crítica o la discrepancia. Nadie, en efecto, podría decir que alguna vez tocó las puertas del rectorado sin que éstas se abrieran. Y si ello sucedió así, fue porque, en primer lugar, siempre tuvimos conciencia de que asumir un cargo de autoridad significaba convertirse en servidores de la comunidad universitaria, y en segundo lugar, porque todo el tiempo supimos que la verdad, el camino adecuado, las soluciones necesarias, jamás pueden ser patrimonio de un solo grupo, sino que han de ser buscados en el diálogo razonado y respetuoso con los demás.

El *ethos* universitario

Ese espíritu de comunidad y diálogo abierto está, por lo demás, lejos de ser una concepción insólita dentro del quehacer universi-

tario. Por el contrario, él se corresponde con lo que, por tradición, constituye la esencia de la universidad; es decir, con un *ethos* que debería siempre ser defendido.

¿En qué consiste ese *ethos* universitario? ¿Cómo explicar ese modo de ser y de comportarse propio de la Universidad? Para responder a esas preguntas, podemos decir que la universidad concebida como una comunidad viva e inserta en la sociedad humana debe ser pensada en dos sentidos: mirándose ella misma en su vida interior, ella aparece como la unión de voluntades orientadas a la creación y a la transmisión del conocimiento en una gama amplia de disciplinas que, pese a su diversa apariencia exterior, se encuentran vinculadas bajo la forma absoluta y universal del saber concebido como un bien valioso en sí mismo, ese saber cuya unidad se sustenta en el carácter ético –de vocación altruista, es decir, dirigido al otro– que tiene toda actividad cognoscitiva por especializada y abstracta que parezca. Y en su presencia social, en su vivir *hacia fuera*, la comunidad universitaria se sabe y asume como miembro de una comunidad mayor –el país, la sociedad general– a cuya conservación y perfeccionamiento debe servir.

En efecto, el conocimiento –actividad primordial de la Universidad– no constituye jamás un hacer cerrado sobre sí mismo; él es, por el contrario, el modo particular en que el hombre, por medio de un *logos sapiente*, aprehende el mundo que lo rodea, se apropia de él y lo dota de sentido. Dicho conocimiento debe ser a la vez *universal* y *situado*. Es universal en virtud de su orientación hacia la trascendencia, tensión por la cual busca superar lo meramente particular para abarcar la totalidad. Y debe ser situado porque un conocimiento que permanece en la pura abstracción indeterminada, que instruye pero no vivifica, que no realiza el camino de vuelta hacia lo particular de donde nace, queda desprovisto de todo sentido real.

Así pues, la Universidad en cuanto sujeto de conocimiento se encuentra insertada en un entramado de responsabilidades sociales que van más allá de la formación de profesionales exitosos abocados a tareas específicas. Según el carácter del *ethos* univer-

sitario al cual me refería, la Universidad es lugar de encuentro y discusión, de crítica y ejercicio de la autonomía, así como también de compromiso y respeto, de reconocimiento y tolerancia. Y todo ello es fundamental puesto que la práctica de estas virtudes cívicas es el rasgo esencial que debe ser reproducido en la sociedad toda y, por lo mismo, constituye uno de los aportes principales que la Universidad puede ofrecer a la comunidad.

La Universidad, por otro lado, es y vive en sus miembros: docentes, alumnos, ex alumnos y trabajadores. Es en la acción de ellos, en el ejercicio honesto de sus responsabilidades personales ante la sociedad, donde se expresa el *ethos* de la institución. Tal ejercicio comienza, desde luego, por la adquisición de una verdadera solvencia profesional, razón por la cual la excelencia académica es y será siempre nuestro primer deber. Pero, al mismo tiempo, tal responsabilidad depende radicalmente de la moralidad cívica de cada uno de nuestros miembros; es por ello que decimos que en una universidad como la nuestra no sólo formamos profesionales, sino también ciudadanos y hombres y mujeres íntegros, articulados en el saber, avalados por la fe, abiertos a la trascendencia.

Esa integridad, esa civilidad y ese cultivo de la excelencia académica tienen, por lo demás, su sede y su esencia en la palabra. Ésta, más que medio, es sustancia del intercambio que realizamos diariamente en este *campus*.

El lenguaje y la comunicación que él propicia constituyen, en efecto, el signo y el sentido de toda comunidad humana. Por ellos se hace posible el reconocimiento, y es recorriendo sus caminos que se abren las puertas a la solidaridad. Es allí que hallamos la fuente de significados compartidos y, en esa medida, otorgamos sentido reconocible a nuestros actos, convirtiéndonos en seres capaces de entendernos y de trascender la materialidad del mundo natural por medio de la cultura. Por último, es ahí, en el lenguaje articulado, en el discurso, donde se hace posible que el conflicto, el antagonismo, inevitables en toda convivencia humana, no derive en violencia, sino en discusión civilizada. La palabra con sentido es, así, la única garantía para una sociedad pacífica, mientras que su degradación,

su distorsión, abren las puertas a la barbarie, la arbitrariedad, la destrucción de todo lo que nos resulta querido y valioso. Por todo lo dicho, me atrevo a añadir que, para nuestra Universidad, la defensa de la palabra debe ser una misión permanente.

Gestión universitaria

Cultivo incesante y desprejuiciado del conocimiento, excelencia académica, responsabilidad social, sentido de solidaridad, defensa de la palabra: apertura comprometida y amorosa hacia los hombres en los que Dios se anuncia; creo que en esas pocas ideas se podría resumir lo esencial de la tradición que nos sentimos comprometidos a preservar y enriquecer. Para así hacerlo, desde luego, resulta indispensable atender los requerimientos cotidianos, las condiciones de posibilidad de nuestras metas. Ello implica una gerencia y una conducción buenas en el sentido técnico, administrativo, estratégico de la palabra, pero también en el sentido de ser congruentes con el espíritu moral de nuestra institución.

Realizar de ese modo la labor administrativa exige, en primer lugar, asumir y defender en cada momento la coherencia y la unidad original del saber y hacer dialogar fluidamente a todos los ámbitos del conocimiento. Es mediante el reconocimiento de la realidad interdisciplinaria de la Universidad cómo el saber especializado adquiere verdadera eficacia: es decir, se vuelve eficaz para hacer el bien.

Lo dicho reclama, por cierto, una conciencia lúcida y permanente sobre la esencia de nuestra misión y sobre la primacía de ésta sobre las reglas, normas y procedimientos que diseñamos para mejor cumplirlas. El peligro constante de toda institución moderna, lo sabemos, es quedar secuestrada por esa racionalidad formal que termina por anteponer las reglas a las metas, los medios a los fines, los procedimientos a la misión. Afortunadamente, eso no ha ocurrido en la Universidad Católica: siempre hemos sabido que el manejo de una institución animada por un auténtico y honesto *ethos* no puede resumirse en la mera posesión de unas cuantas reglas operativas que, a la manera de un mecanismo cualquiera, se

orienten hacia una eficacia exenta de connotaciones morales. Por el contrario, sabemos bien que la *calidad* que persigue la Universidad no puede alejarse de la búsqueda del desarrollo humano y social integral y, por tanto, que las reglas con que nos gobernamos sólo tienen relevancia cuando son pensadas y ejecutadas para servir a ese fin.

Conducir a la comunidad universitaria hacia sus metas éticas –esto es, administrar en vista de los fines, no de los medios– es una tarea en sí misma valiosa y moralmente edificante: quien la realiza se hace solidario del *ethos universitario* y asume como propios los propósitos y los logros de aquél. El conductor sabe que una buena gestión administrativa es el *medio* a través del cual las tareas de la Universidad pueden ser cumplidas, y por tal motivo en esos mismos medios él halla también un espacio de realización: la ética institucional no se halla divorciada de nuestra ética personal.

Final

Estas ideas generales, principios de acción, señas de identidad, imperfectamente expresadas, son las que, creo yo, han de permitir que nuestra querida Universidad, que se enrumba hacia su primer centenario, sea siempre la misma que se fundó en 1917 y al mismo tiempo una institución guía para el Perú del siglo XXI.

Tengo la ilusión de que en ellas se encuentre fielmente interpretado el espíritu con el cual nuestra Casa de Estudios fue fundada por aquel hombre virtuoso y clarividente, verdadera figura inspiradora de todos nosotros, que fue el padre Jorge Dintilhac, cuyo recuerdo me acompañará de modo permanente a través de la medalla que lleva su nombre y que con extrema generosidad el claustro me ha entregado. Tengo la pretensión, asimismo, de que en esas ideas, en el principio de la caridad y de la solidaridad como centro moral de nuestra vida institucional y personal, se halle reflejado el pensamiento y el magisterio del padre Felipe Mac Gregor, a quien todos recordamos y sentimos como presencia viva entre nosotros y a cuya memoria deseo rendir homenaje ahora. La distinción que se me confiere y que efusivamente agradezco me resulta tanto más

abrumadora por ser la misma que recibió –él sí con merecimiento– el padre Mac Gregor, a quien siempre reconocí, igual que tantos de ustedes, como maestro ejemplar.

Queridos amigos:

No me queda más que refugiarme una vez más en las pobres palabras de que dispongo para expresarles imperfectamente, una vez más, mi infinita gratitud por este nombramiento como Rector *emérito* y por la *Medalla de Honor R.P. Jorge Dintilhac, SS.CC.* que he recibido. Sé bien que el cargo que se me confiere tiene carácter simbólico y que él es fruto de la indulgencia de ustedes. Lo asumo así, con el valor esencial que tienen los símbolos para quien sabe leer en ellos los mensajes del espíritu humano, y al mismo tiempo lo hago mío como testimonio de un compromiso y un deber más con la Universidad Católica, casa de mis maestros y amigos, casa mía y de los míos, en suma, mi hogar, nuestro hogar.



En el Auditorio de Derecho, el jueves 11 de noviembre del 2004, los profesores (de izq. a der.) Dr. **Efraín Gonzales de Olarte**, vicerrector administrativo; Dr. **Salomón Lerner Febres**, rector *emérito*; Ing. **Luis Guzmán Barrón Sobrevilla**, rector; Dr. **Marcial Rubio Correa**, vicerrector académico; y Dr. **René Ortiz Caballero**, secretario general de la Universidad. (Foto por Martín Zevallos Ullauri).

Ideario de Salomón Lerner Febres

Ideario de Salomón Lerner Febres

Los catálogos tienen un encanto especial. Se pueden leer por el principio, por el fin o por el medio. No es preciso que guardemos orden en su lectura. Y luego un catálogo es la obra más espléndida de imaginación. Ni novela, ni poesía, ni drama, ni historia fabulosa, suscita y enciende la imaginación más que un catálogo.

Azorín

El Archivo de la Universidad conserva todos los discursos que leyó el doctor Salomón Lerner Febres durante los dos periodos de su rectorado (1994-2004). En ellos están registrados su lúcido pensamiento y sus opiniones, cuya lectura trasciende el momento en que se expresaron. Por esta razón y en cordial homenaje al Rector *emérito*, el personal del Archivo eligió, entre una multitud de posibilidades, los párrafos que a continuación se presentan, con la finalidad de que sean más conocidos y apreciados. Para hablar en lenguaje archivístico, lo que tienen a la vista es un catálogo de ideas.

Como cada párrafo tiene su propia entidad, solo está ordenado por el año de su pronunciación. No se ha puesto ninguna otra indicación condicionante para que el lector lo goce como mejor le parezca.

1994

Vivimos tiempos cada vez más difíciles, en los que hay que salvaguardar, en su más alta expresión, la ciencia y la cultura, creándola y difundiéndola, al tiempo que debemos procurar ser modernos no sólo en los aspectos académicos de la enseñanza y la investigación sino también en los de una administración cada vez más flexible y eficiente que recoja y resuelva los múltiples problemas que nacen naturalmente de una organización tan compleja y delicada como es nuestra Universidad.

El hombre de nuestros tiempos entiende cada vez más que la tecnología y la ciencia no garantizan la conquista de la felicidad. Por ello, creemos que el progreso social, económico y jurídico solo adquiere sentido cuando se tiene como meta final e inalienable el pleno desarrollo de la persona.

Los hombres de hoy hemos vivido una época de grandes sueños y grandes desilusiones. Hemos sido capaces de aprender cómo la fe ciega en nuestros avances científicos puede degenerar en una destructiva deshumanización. Hoy debemos ser firmes en entender que el progreso debe tener un sentido mucho más amplio que el concebido en otros siglos; debe ser básicamente demostración de nuestra fe en el hombre y, por ello, en la tolerancia, en la pluralidad cultural, en la explotación cuidadosa de la naturaleza, en la mirada vigilante del patrimonio de la tradición y, ciertamente, en el respeto de los derechos humanos.

De cara hacia nuestro futuro, las sociedades modernas deberían proponerse demostrar a las generaciones nuevas que hemos logrado humanizar nuestra ciencia, nuestra técnica y nuestras leyes; es decir, que hemos logrado un poco conquistarnos a nosotros mismos.

...el verdadero estudio, inspirado en la vocación para ser cada vez mejores, nunca termina ni mucho menos queda limitado a las aulas, sino que se acrecienta y se forja más allá de ellas. En un mundo cambiante como el actual, el profesional responsable es el que muestra interés en su constante actualización.

Desde que el hombre comprendió la importancia de sustentar sus relaciones interpersonales sobre bases firmes y eficaces, las sociedades han ido acumulando una gruesa tradición que alimenta en buena medida lo que hoy llamamos el pensamiento jurídico y el derecho. Esta tradición nos muestra con frecuencia cambios radicales y caminos divergentes que los legisladores y juristas de todo tiempo y lugar han propiciado y transitado. Y es que el derecho, al ser una disciplina enraizadamente social, posee mucho de ciencia pero también de arte; de ciencia, su inclinación hacia la rigurosidad y la precisión; de arte, su capacidad de moverse con creatividad en un ambiente inevitablemente marcado por la condición humana.

Sabemos bien que la ciencia no es solo la investigación solitaria del estudioso sino también el diálogo entre las personas que trabajan los mismos temas, con el afán de compartir constructivamente a través del debate, los avances realizados en el saber. Ese es el sentido de la llamada 'comunidad científica', que se convierte así en la necesaria instancia crítica que permite el afianzamiento de la ciencia pura y la efectividad de sus particulares aplicaciones.

Hablar de la situación de los niños de la calle es hacer referencia a una dolorosa realidad que se hace evidente en el drama cotidiano que viven estos niños, golpeados por la pobreza extrema y luchando por 'sobrevivir' cada día frente a un futuro totalmente incierto. Esta es una de las constataciones más patéticas de la crisis que caracteriza a nuestro país y del alto costo social que tiene, impulsar por tanto un desarrollo económico que muchas veces olvida el lado humano y genera en consecuencia una deuda social profundamente negativa.

El niño de la calle demanda tácita y explícitamente ser escuchado, atendido, aceptado, valorado como persona y por tanto como sujeto de derechos. Fundamentalmente con el derecho a la vida y a tener oportunidades para vivirla de manera digna. Esto se constituye en todo un reto moral que debemos asumir y al cual debemos responder con alternativas concretas que den cuenta de la vigencia de los valores de solidaridad, justicia y amor.

Cuando meditamos sobre el sentido profundo de la profesión jurídica entendemos que en él yace el ánimo de encontrar la confluencia entre el Derecho y la justicia. Este deseo que mueve al hombre de leyes parte, obviamente, de una disconformidad: sentimos que el Derecho y la justicia no siempre coinciden, pues de otro modo la preocupación sería banal.

Necesitamos trabajar por un ordenamiento jurídico estable pero que no impida el progreso social. Ello significa recordar que la justicia no se alcanza aplicando automáticamente un código inmutable. Todo orden legal debe estar en continua adecuación a las necesidades de los hombres siempre y cuando, por cierto, el cambio no esté motivado por el oportunismo y la manipulación. Las leyes

han de cambiar no sólo por las necesidades de las circunstancias históricas, sino también por la creatividad de las personas alentada por el deseo constante de perfección. Sin embargo, en todos estos cambios, que la historia y la existencia reclaman, hay un elemento permanente que da sentido al proceso de la vida pública, él es la justicia como valor supremo y trascendente y que solo puede ser cumplida, como ya hemos sostenido, en el mundo histórico de la coexistencia.

De las actividades humanas, tal vez no haya otras que encierran tantos misterios como la devoción religiosa y la producción artística. El hombre de fe penetra en el misterio y establece armonía con el universo y el lado oculto de la realidad a través de la epifanía del lenguaje y de los signos; por su parte, el artista nos muestra los aspectos más vedados de nuestra conciencia trabajando en la transfiguración del lenguaje. El arte, como actividad autónoma, libre y creativa, nos muestra, justamente por ello, un rostro sensible y crítico ante los valores comunes de la vida social y se empeña en iluminar nuestras contradicciones.

...el arte no solo amplía los horizontes del sentido sino que es una señalada actividad que teniendo su fin en ella misma colabora en la reconciliación del hombre con su entorno. Como discurso bello, entonces, es también un mensaje bueno y un vehículo a través del cual la verdad se anuncia.

Para los griegos, la *areté* –la ‘virtud’ o la ‘excelencia’– es primeramente una capacidad, una disposición, es la capacidad que posee una cosa o una persona de cumplir a cabalidad con la función que le corresponde por naturaleza. Son ‘virtuosos’, ‘excelentes’ –nos dice Homero, por ejemplo– los ojos que ven claramente o los pies que corren con velocidad, virtuoso es el atleta que despliega plenamente su destreza corporal o el amigo fiel que sabe ser verdaderamente amigo, es decir que sabe mantener el cultivo de la amistad incluso en la adversidad. Para que exista la *areté* es necesario, pues, no solo que se despliegue un talento, sino además que ese talento corresponda a un valor. Hablamos entonces de una capacidad para realizar en plenitud una actividad valiosa, de una disposición a vivir la vida más plenamente. Es justamente

este vínculo indisoluble entre el despliegue de una actividad y su valor ético lo que dio origen a nuestra palabra 'virtud' –aunque hayamos ahora olvidado el proceso de su gestación–.

1995

El otro rol fundamental de nuestra Universidad tiene que ver claramente con su horizonte ético y cristiano. Es evidente que, como peligrosa consecuencia del avance del individualismo y del pragmatismo a ultranza, así como de la preocupación obsesiva por el porvenir material, existe la tendencia a dejar de lado los principios centrales de la solidaridad con el prójimo, y de la responsabilidad entendida como fundamento de la libertad y de la facultad para escoger. En ese sentido, nuestra Universidad no puede constituirse en un lugar donde simplemente se adopten, con acrítico entusiasmo, las modas ideológicas de turno. En efecto, el liberalismo exacerbado desemboca en un determinismo que equipara las leyes del mercado con las de la naturaleza, asumiendo un carácter de ciego fatalismo. Paradójicamente, en este contexto, la Libertad es la primera víctima de la lucha que se realiza en su nombre.

Labor de alquimia que transforma al mundo, el arte además de ser camino de realización personal de quien lo crea, posee como fundamental ingrediente la comunicación, pues él habla a través de la obra y emancipándose de la personalidad que lo gesta, envuelve en el fenómeno maravilloso de la contemplación a los demás hombres. Se convierte así en lenguaje singular, que a la vez que expresa lo más profundo de la cultura, de la personalidad y de las tradiciones de los pueblos, se eleva a lo universal al trascender signos concretos y reglas canónicamente establecidas.

La situación de incertidumbre y de desorientación en que vive la universidad en el Perú y en el mundo es un reflejo de la situación de crisis en que se halla la cultura misma. Y la invocación a renovar y fortalecer la experiencia de nuestra fe en el seno de la universidad es simultáneamente una invocación a dar nueva vida, y nueva esperanza, a la cultura en crisis. Es una contribución, en el ámbito

propio del trabajo universitario, a la "nueva evangelización" de nuestra cultura.

...resulta claro que es al hombre más formado, y que ha alcanzado en la vida social situaciones de liderazgo e influencia, a quien ha de exigírsele la mayor responsabilidad y el mayor respeto para conseguir el desarrollo humano.

...ha llegado el momento de mirar de frente nuestro ser y nuestro estar en el mundo, para ver con mayor agudeza que la del simple técnico los problemas de hoy y de mañana, y superando el riesgo permanente de la avidez que muchas veces se disfraza en los conceptos de eficacia y eficiencia, luchemos por un mundo verdaderamente humano en el que no se produzca la separación arbitraria, dolorosa, entre cada uno de nosotros y nuestro entorno.

El medio ambiente en sentido cabal comprende también un entorno social y por ende de relación entre los hombres, el cual se ofrece hoy, en gran medida, de manera contaminado. Y eso ocurre porque un elemento fundamental en nuestras vidas, cual es el de la comunicación, se ve cada vez más distorsionado.

Los aniversarios ofrecen siempre la ocasión de ponderar el pasado examinando con detenimiento la tarea cumplida. Pero sobre todo nos ponen de cara al porvenir que se nos presenta rico en posibilidades de actividad y servicio pero a la vez exigente en la tarea de hacer realidad los sueños. Mas las tareas y los sueños, cuando son compartidos con empeño, imaginación, esfuerzo y generosidad, se hacen posibles y llegan a convertirse en realidades.

...el educar, en su sentido de conducir y de formar, implica no solo brindar conocimientos sino proyectarnos axiológicamente. La educación se convierte de tal modo en una misión de raigambre ética en donde se juega la libertad del hombre, y que va mucho más lejos que la mera tarea pedagógica.

Para que el sistema social funcione de manera eficaz se requiere que los hombres y mujeres se especialicen, pero, también, que lleguen a poseer un mínimo de lenguaje y de conocimientos comunes, así

como un nivel de formación humanista que les permita conseguir un adecuado grado de consenso en cuanto a los objetivos que deben ser alcanzados como colectividad.

El carácter a veces espectacular de la innovación tecnológica no debe hacernos perder el aspecto humanista que debe contener la actividad académica y la investigación. No caigamos en el error y en la arrogancia de despreciar la investigación que no fructifique de inmediato en logros concretos. No olvidemos tampoco que el desarrollo tecnológico desbocado, sin freno moral, y orientado únicamente por el utilitarismo y el afán de lucro, puede conducir no digamos sólo a un deterioro de nuestra calidad de vida, sino incluso a una posible destrucción de la misma especie humana. Lo verdaderamente importante consiste en compatibilizar el desarrollo tecnológico con el bienestar de la sociedad y con la dignidad del hombre.

Tradicición y renovación son, pues, palabras claves dentro de la vida universitaria. A partir de ellas debemos todos asumir la tarea de hacernos dignos depositarios de una tradición que nos habla de cultura y de saber y protagonistas de las acciones que, animadas por ellos, puedan llevar al bienestar de la sociedad en su conjunto.

La cultura propicia el nacimiento de un mundo personal construido en la unidad de un estilo y que sirve para el pensamiento, la valoración y el tratamiento del mundo y de las cosas. En otras palabras, hablamos de pasar del saber de dominio al saber culto, vale decir, de la simple y a veces no meditada modificación práctica del mundo, a un audaz intento de participar comprensivamente de la totalidad del universo.

Como ocurre con la energía atómica, el acervo informático puede emplearse ya sea en beneficio de la Humanidad, o en su contra, lo que ciertamente pone en primer plano el bagaje ético y humanista de quien ha de usar esta poderosa herramienta.

Un sistema legal refleja, en gran medida, hasta qué punto la sociedad que lo ha constituido ha avanzado por el camino de la justicia, que es el primer paso efectivo hacia la humanización de las relaciones

con nuestros semejantes. El Derecho y las normas que de él emanan son, asimismo, barreras efectivas contra las fuerzas negativas que a veces asoman peligrosamente en la naturaleza humana.

...el arte corresponde a la antigua idea griega de *techné* y por tanto, es fruto de un constante aprendizaje, como que la anhelada libertad expresiva del auténtico creador sólo comienza cuando se ha alcanzado la madurez que es lograda por el trabajo continuado, la disciplina, la transmisión de experiencias, la crítica y la guía amorosa de los maestros.

1996

Cultivar la historia es un modo privilegiado de acercarse al hombre, pues éste se define entre otras notas por aquella de la historicidad, que nos muestra su esencial inserción dentro del tiempo y su necesaria ubicación dentro del espacio concebido como algo mayor que la simple extensión geométrica.

La literatura expresa la vida de un pueblo que se manifiesta a través de las vivencias del artista creador.

Al ampliar nuestro conocimiento del mundo, la literatura favorece pues la comprensión de los pueblos, el acercamiento entre los hombres y el aprecio de sus obras.

Es el ser humano el único dotado con la capacidad de preguntarse, de asombrarse, de reflexionar sobre el mundo que lo rodea y de ir ordenando metodológicamente sus respuestas. Más aún, podemos decir que la aplicación de este ordenamiento teórico ha ido construyendo, muy lentamente desde tiempo inmemorial, el mundo en el que vivimos pues la ciencia, desde sus inicios, ha sido un conocimiento actuante, que se proyecta sobre el mundo y los hombres para comprenderlos y transformarlos.

El descubrimiento de las leyes que rigen el orden natural es el medio que utiliza el hombre para su apropiación del mundo preexistente, haciendo así conocido y entrañable lo que por mucho tiempo era

amenazante o extraño. En este conocimiento se sustenta el gobierno de la naturaleza por el hombre y a partir de este saber se nos ofrece un extenso campo de acción preñado de infinitas posibilidades que demandan decisiones.

Sabemos bien que quien vuelca cabalmente su conocimiento en palabras nos abre su espíritu y quien vierte sus palabras en la escritura asume un compromiso por el que ofrece un testimonio que habrá de permanecer fuera de las circunstancias de su creación. De ahí el valor que tuvo desde su origen el libro, objeto espléndido que de algún modo cumple con nuestros sueños de vencer a la muerte y de anular las barreras del tiempo.

Ahora bien, una actitud positiva hacia el mundo, "nuestro mundo", podrá ser permanentemente sólo si está basada en un cambio profundo en nuestros valores. Por ello, a la comunidad mundial le compete diseñar estrategias nuevas y mejores para atacar la cultura de la violencia y dentro de ella el vicioso círculo de pobreza y degradación del medio ambiente en el cual vivimos. Por lo demás, ha quedado fehacientemente demostrado que el destino de la Tierra y el futuro de la humanidad están inextricablemente unidos. La tarea de encontrar soluciones realistas a los problemas que enfrenta la compleja ecuación establecida entre población-recursos-medio ambiente es impostergable. Queda claro que si realmente deseamos acabar con el grave problema de la pobreza que aqueja a gran parte de los hombres, deberemos subsanar la desequilibrada relación entre estos tres factores.

...la vida de las instituciones, aunque inextricablemente unida a la de los hombres, no puede ser medida con el mismo rasero con que se suele considerar la existencia humana. Son tiempos difíciles, son naturalezas diferentes: el hombre y su existencia, por un lado, y las obras de la existencia del hombre, por otro. Lo efímero de nuestro paso por el mundo y la relativa permanencia temporal de las huellas que nuestro recorrido ha podido dejar.

Reconstruir el pasado es tarea sutil y delicada. Para muchos puede ser un mero pasatiempo; para otros, es la razón de su vida. Sin embargo, definitivamente para las sociedades, se convierte en una

reflexión imprescindible y ello porque la interrogación histórica aclara nuestros conceptos acerca de la naturaleza humana y nos permite así comprender cada vez con mayor lucidez el presente. No en vano los antiguos reverenciaban la memoria de sus muertos, para de ese modo descubrir el sentido de su propio tiempo, el cual lo entendían como el despliegue y la maduración de lo ya acaecido. Actualmente la ciencia arqueológica, que no es un mero instrumento del quehacer histórico, pero que halla su plena realización en comunidad con él, nos ofrece caminos privilegiados para la comprensión de quienes nos precedieron, iluminando, sin aspiraciones a una explicación absoluta, los procesos que condujeron a la sociedad a vivir el tiempo presente.

La reflexión histórica ofrece a la sociedad un modo de autoconciencia que a la postre formará parte de su singularidad cultural. Como preservación inteligente de la memoria, que permite por ello proyectarse creativamente al futuro, resulta hoy innegable que este asedio riguroso del pasado construye imágenes culturales que hacen recaer su influencia en el mismo cuerpo social. Así pues, más allá de los propósitos del investigador, los perfiles esbozados por disciplinas como la historia dejan huellas indelebles en el modo en que se despliega nuestra existencia.

La universidad, que debe formar los cuadros dirigentes del país, no puede ceder en sus exigencias académicas, por el contrario ha de ser en esta materia selectiva, de modo que sólo accedan a ellas las personas que puedan, por su capacidad, desempeñarse de manera óptima en la vida social. En tal sentido hay que desterrar la idea de que el destino último de todo estudiante de la secundaria deba ser la universidad. Ello sólo conduce a crear expectativas que se frustran, a preparar profesionales mediocres y a la minusvaloración social de funciones importantes en la vida nacional que exigen una preparación diferente de aquella que la universidad debe brindar.

En los tiempos actuales en que nuestro país busca lograr un auténtico desarrollo, no sólo en los aspectos económicos e industriales, sino también en los aspectos tecnológicos, científicos y culturales,

se hace cada vez más evidente la importancia de la labor desplegada, en todas las ramas del saber, por las universidades, pues son ellas las responsables de la formación de quienes deben contribuir exitosamente al cumplimiento de estas metas nacionales.

Meditar sobre la naturaleza del documento como objeto acabado a la vez que representación de experiencias ya asumidas nos conduce aunque no nos lo propongamos a nuestra propia vida presente en una dimensión esencial, pues al fin y al cabo somos, en cierto modo, como señalaba Merleau-Ponty, no sólo agentes libres de un porvenir por conquistar, y en tal sentido, productores, sino también el resultado de un pasado ya vivido, inamovible, anclado en la eternidad y por ello "productos" de un proceso irreversible que desnuda de manera dramática el corazón de nuestra finitud.

Productos-productores, los hombres de hoy desarrollamos nuestra existencia en un mundo signado por la información; ésta, apabullante, omnipresente, heterogénea, en alianza estratégica con un quehacer, tecnológico desatado, parece brindarnos respuesta a todas las preguntas y salida a todos los desconciertos, haciendo innecesarios esos espacios no ocupados que antaño eran llenados por el mito, el rumor y lo sagrado, de forma que pudiera cada uno de los hombres construir un mundo que, siendo personal, era también un lugar de encuentro y por ello un mundo común.

1997

Debemos ratificarnos en la convicción de que no es posible la vida en comunidad sin sentido de solidaridad y asimismo reafirmar nuestro juicio moral sobre el egoísmo que, bien lo sabemos, busca maximizar a toda costa sus ganancias provocando finalmente su propia ruina.

Si la universidad no es capaz de dedicar atención al rumor que surge de la vida y de la historia de los pueblos, si la universidad, dejándose llevar por un mero criterio de utilidad y de urgencia impuestas por la siempre mutable actualidad, no estudia el arte, el pensamiento, la religión, la historia y los procesos culturales y

sociales que han llevado a los pueblos a adquirir el perfil inmediato con que hoy lo podemos conocer, reduce sin duda su condición a la de una mera escuela profesional.

Las ciencias sociales, nos muestran hoy como ayer, que están inmersas en una tarea que para ser válida, debe comprender que el fundamento de una auténtica vida académica radica en la existencia de una ética del quehacer científico, cuyo principio fundamental es hacer justicia a la verdad y por tanto ser fieles a los objetos que se estudian. En un país con tantas desigualdades y facetas como el nuestro, para las ciencias sociales este imperativo adquiere una especial importancia ya que, lo sabemos bien, el conocimiento sobre los seres humanos no debe estar nunca separado de los valores de respeto, libertad y dignidad que, en última instancia, constituyen el sustento que permite el tránsito de las elaboradas teorías sociales que se gestan en el ámbito académico hacia la acción efectiva y solidaria dentro del mismo cuerpo social.

Hay pocas palabras en las que resultan pequeñas todas las explicaciones que quisiéramos ofrecer para hacer visible su contenido. Y de entre ellas hay una que todos pronunciamos: Madre, sabiendo que finalmente debemos dejar paso al silencio y a la actitud amorosa y agradecida para así rendir cuenta justa de su inabarcable significado.

Educarse se define entonces como el reconocimiento de existencias libres a las cuales se debe brindar opciones y valores que legitimen los caminos que ellas decidan recorrer. Desde esta perspectiva, quien hace de su vida permanente ejercicio de la docencia no se reduce a ser el profesional insensibilizado por la rutina y mero burócrata que administra de manera acrítica metodologías a la moda, sino aquel que cumple con las condiciones que nos permitan llamarlo con propiedad Maestro, término éste que, a fuerza de ser repetido, se ha banalizado hasta casi vaciarse de contenido. Hombre que, tocado por la docta ignorancia de Sócrates o del Cusano, ha de ser antes que nada paradigma no sólo por su saber sino por su vida toda entera.

Impregnado de humildad y de emoción, para así disponerse verdaderamente a conocer, el maestro debe estar poseído por una vocación de entrega que es un acto de verdadero amor en el que él busca más el bien de lo amado que su propia satisfacción como amante.

...el deporte no sólo oxigena nuestro cuerpo sino también nuestra mente, así como la competencia leal nos ayuda a ser mejores en nuestro desempeño profesional. En un punto bien logrado, en una canasta o en un gol bien obtenidos, en un tiempo conseguido con esfuerzo y hasta en una demoledora jugada de ajedrez, nos sentimos dueños de un pequeño logro que nos enseña a ser maestros de nosotros mismos, a la vez que solidarios con nuestro equipo y nuestra institución.

Todo aquel que se ha sentido tocado por el auténtico espíritu universitario sabe muy bien que uno de los mayores fundamentos de la vida de la comunidad académica lo constituye la interrogación constante, aquella que, nacida del ánimo inquieto y sometida al riguroso examen, da paso al desarrollo del conocimiento disciplinario. En efecto, no podríamos sentirnos dignos del ser de nuestra Universidad si nos bastara reproducir el manejo de técnicas, si nos conformáramos con la mera transmisión de un conocimiento heredado sin confrontar su validez y su actualidad. La investigación, actividad en donde se ponen en juego las más sofisticadas habilidades del intelecto, es pues la mayor fuente de riqueza de nuestra comunidad, la garantía de nuestra permanencia y el cumplimiento de nuestro deseo institucional de ser mejores y distintos.

Desarrollar la investigación es pues un ejercicio que combina la pasión personal, que en buena parte moldea nuestras ideas, con la inmersión en un universo mayor que otorga sentido y valor crítico a nuestra tarea. Bajo la forma de una metáfora, la innovación científica se sumerge en el universo del lenguaje para proponernos cambiarlo y así transmitirnos un modo nuevo y más preciso de aprehender el mundo.

Exigida por su propia naturaleza nuestra institución no puede cumplir una función marginal frente al tema de la cultura pues

ésta, como proceso por el que el alma se esfuerza en alcanzar sus más íntimas posibilidades, toca el corazón mismo de la tarea universitaria. Somos por ello lugar en el que se desea conservar las creaciones, personales o colectivas, del espíritu y además ámbito que permite la gestación de nuevas conquistas en la marcha inacabable hacia la realización de nuestra humanidad.

Hay legitimidad y razón para que concibamos esa vinculación estrecha entre cultura y universidad. Y la titularidad del derecho que ampara esa relación, se encuentra fundamentalmente en las dimensiones de la Antropología y de la Ética, dominios originales que comprometen el quehacer universitario para que éste arroje luces acerca de la esencia del ser-hombre y sobre las líneas de fuerza que debe asumir su conducta para que ella posea relevancia moral.

En nuestro país, estamos obligados a mantenernos vigilantes, como profesores o investigadores, frente a las distintas ideologías que, agazapadas bajo el ropaje de los vertiginosos avances de la tecnología, pretenden encaminarnos hacia senderos que arrinconan los valores humanos, la reflexión y la investigación, como mercancías dignas del mejor anticuario. Anteponen las leyes del mercado, cuando bien sabemos que el mercado no tiene valores, sino precios. Debemos cuidarnos de las dóciles soluciones simplistas, abundantes en nuestros días, que tienden a desconocer la complejidad de la existencia histórica del Perú. Estoy convencido de que nuestro país espera, con paciencia singular, de más y mejores investigaciones, que contribuyan con el conocimiento de nuestra naturaleza como nación, dándole voz a esos espacios hasta ahora incomprensidos de nuestra realidad, sin olvidar el legado de una extensa tradición cultural que nos enriquece e identifica como pueblo.

Sabemos bien que quien vuelca cabalmente su conocimiento en palabras nos abre su espíritu y quien vierte sus palabras en la escritura asume un compromiso por el que ofrece un testimonio que habrá de permanecer fuera de las circunstancias de su creación. De ahí el valor que tuvo desde su origen el libro, objeto espléndido que de algún modo cumple con nuestros sueños de vencer a la muerte y de anular las barreras del tiempo.

Perfilando nuestros rostros, otorgando densidad a nuestros sueños, el arte nos muestra entonces el mundo no solo como pretendemos que es o como él se supone que ha sido, sino como podría o debería ser. Gracias a él la vida de los hombres se libera de ataduras, toma distancia del apremio de todos los días y en la alquimia que establece entre tradición y originalidad, entre realidad y posibilidad ensancha nuestro espíritu y nos abre a lo infinito

En el Perú se han ensayado todas las fórmulas llegadas de otros nortes culturales, y ello no parece haber dado resultados. La indomable geografía quebradiza del Perú, la soledad magnífica de sus desiertos, la feracidad de sus selvas frondosas, y la abisalidad de su mar, nos ha hecho tener en un solo país los accidentes geográficos más temidos en otras latitudes. Aquí con el escaso tres por ciento de tierra cultivable, hemos intentado vivir durante siglos los peruanos y fue muy costoso entendernos, ya desde antes de la presencia hispánica, porque la pobreza de nuestra economía ante naturaleza tan desafiante siempre fue nuestro pan. Los peruanos siempre fuimos pocos y pobres.

Jesús significó un cambio radical de la historia. Y su singularidad reside en el amor gratuito y generoso que realizó por encargo del Padre. Ningún Dios de ningún pueblo se manifestó a la humanidad con la generosidad mostrada por Jesús. De allí que sus palabras y gestos son ante todo de aliento y no de recriminación en una humanidad claramente necesitada de justicia.

Hemos asistido a lo largo de nuestro proceso histórico a diversas actualizaciones de la experiencia original de Jesús, todas impregnadas de la constante fe en "los hondos cristos del alma" a los que se refería Vallejo. Hoy debemos ensayar nuestra propia experiencia como lo intentó la primera Iglesia. Debemos en cierto modo reiterar en nuestro tiempo y circunstancia la acción de San Pablo quien, con su cristianismo judeo-helenista, actualizó el significado de la experiencia original de Jesús en un mundo dominado por las urbes hasta llegar a la Urbe por antonomasia. Síntesis fieles y creadoras hicieron pasar el cristianismo nacido de la resurrección del Jesús muerto en la pérdida e insignificante

cruz de las afueras de Jerusalén a cada uno de los pueblos de occidente, y ello hasta los confines de la tierra.

Cambieemos nuestras actitudes. Generemos un movimiento cultural solidario, inspirado en el evangelio y en su alegría novedosa, para que envuelva los corazones de ricos y pobres en nuestras acciones y en nuestras definiciones de un país mejor. Movimiento que incorpore al Otro en un hermoso Nosotros, que logre reunirnos en una colectividad humana, que dé sus pasos con los corazones colmados de fe. Atrevámonos, entonces, a colmar el hermoso referente de Nosotros. Los peruanos somos Nosotros, con nuestra tierra, nuestra historia, nuestra cultura y nuestra fe. Este nuevo lenguaje, que acompaña a las nuevas actitudes aludidas, desecha aquel de la exclusión, la violencia, la pobreza, la corrupción, la injusticia y la muerte, tan usado en nuestra historia como nación, para reemplazarlo por otro en cuyas palabras el amor, la paz, la justicia, la solidaridad adquieran la fuerza de su sentido humano y cristiano.

También en esta tierra que amamos hemos de ser alma en las situaciones sin alma que vivimos. Y contamos para ello con mucho ya adquirido y ganado; no lo olvidemos: el pueblo mismo lo intuye cuando en el habla corriente y también en el lenguaje de la fiesta vincula en el vals el amor humano y el amor divino y reclama para Dios, en desmesurada metáfora, el haber nacido en el Perú.

La autenticidad del Perú no es un frío mosaico, compuesto por coloridos elementos diversos y estáticos, ni es capaz de ser descrito de una sola vez y para siempre, como un producto concluido, por el contrario, el Perú es un impulso viviente, es una realidad, una promesa y un proyecto, que, parafraseando a Hegel, lo convierte en un incesante espacio de creación de fascinantes síntesis que recogen en unidad la identidad y la diferencia y ello de modo tal que, ofrecidas como nuevos puntos de partida, propicien una vez más otras síntesis, zurciéndose así en ininterrumpido dinamismo el tramado inconcluso de la vida histórica de nuestro país.

1998

...por encima de las circunstancias cambiantes que nos ofrece la vida cotidiana ha de existir, cada vez más intenso, ese espíritu emprendedor, de hábil escudriñador e ingenioso constructor de nuevas vías, característico de aquellos llamados a fomentar y dirigir el crecimiento económico de nuestro país.

La modernidad, ciertamente, no se agota en las conquistas tecnológicas y las novedosas infraestructuras, ella más fundamentalmente todavía se ofrece renovada para que vivamos en un clima de comprensión y mutuo respeto, meta que sólo podremos alcanzar si obedecemos un mandato ético superior: el del respeto por la naturaleza a la cual pertenecemos y a la que debemos lealtad.

Como bien sabemos los recursos materiales pueden ser administrados, mensurados y programados para responder a nuestros intereses. Los seres humanos, por el contrario, vivimos sumergidos en un mundo afectado por deseos, intereses, sentimientos, goces, temores, iluminados por la búsqueda de fines; por sobre todo somos seres creativos, rasgo que, al menos en cuanto a aspectos productivos se refiere, distingue radicalmente las propiedades de lo material frente a las calidades de lo humano.

...si bien por un lado, pertenecemos al dominio objetivo, en tanto estamos enraizados en la naturaleza; (tiempo, espacio) por otro, nos corresponde una dimensión interior, es decir, aquella por la que somos personas o sujetos totales dotados de libertad y voluntad que protagonizan su propia historia y se reconocen en su dignidad a través del diálogo intersubjetivo.

El liderazgo no se restringe al ejercicio de influencias, incluye la capacidad de dirigir las tareas hacia los fines morales y éticos que la institución se propone. En el caso de la administración universitaria, esta conciencia resulta fundamental y debe ser permanente, ya que la razón de ser institucional no depende de presuntos dueños, sino que surge del cuerpo de la comunidad académica.

Tanto dentro de los claustros como fuera de ellos resulta imperativo dotar de alma y contenido moral al desarrollo científico y a la vida de las personas.

Los humanistas estamos especialmente comprometidos con la reflexión sobre la conciencia y no podemos cobijarnos en la comodidad de los gabinetes sintiéndonos ajenos a los sufrimientos humanos ya que, en la base original de nuestra tarea, se encuentra una inquietud ética esencial que estamos llamados a defender y difundir.

Identidad significa, hay que decirlo con más énfasis que nunca: constitución de caracteres originales sobre la base de un reconocimiento mutuo anclado en el diálogo y la comunicación, la aceptación de la pluralidad a partir de lo común y compartido, sin que el resultado sea una nivelación de las diferencias, sino más bien el presupuesto necesario para el desarrollo de calidades singulares que empero sólo alcanzan sentido en el seno de una radical dignidad común.

...sin el debido reconocimiento de la interculturalidad y el respeto del derecho de las personas y comunidades a una convivencia solidaria que garantice la dignidad de una existencia libremente elegida, la globalización puede resultar alienante y revelarse como la más nueva de las máscaras de la dominación.

...la auténtica integración global requiere, necesariamente, de un proceso que quizás debiera llamarse de mundialización, es decir, de reconocimiento de ámbitos geográficos y económicos compartidos, sí, pero sobre todo de horizontes axiológicos y de sentido que tienen una raigambre cultural, moral y política, en la que lo central de su constitución es la tarea permanente para la construcción efectiva de cada persona y de cada comunidad. Así, la mundialización sería entonces esa encrucijada de horizontes existenciales, culturales y sociales que se reclaman, todos, tributarios de la compartida condición y dignidad humanas.

La feroz indiferencia del individualismo y la violenta injusticia de la dominación que marcan nuestra historia y nuestro presente son,

así, dos caras de una misma moneda que obedecen en el fondo a la ilusoria pretensión por la que se concibe al hombre como eminente propietario.

No se cae en cuenta de que en verdad el hombre es un peregrino de su propia identidad y debe dirigir sus pasos en una tierra que no le pertenece hacia la construcción de la civilización del amor, que es la realización de la Historia que Dios le encomendó.

Formar personas implica recuperar para todos y cada uno la dimensión de nuestra historicidad, que no es otra cosa que reconocer como elementos constitutivos de lo humano la asunción del pasado y la apertura al futuro.

¿Cómo comprender quiénes somos sin dedicar una mirada atenta a esa imagen que nos ofrece el espejo de la Historia?

Al trazar las sendas que nos han traído a este aquí y ahora en el que vivimos, el historiador devela los rasgos esenciales de nuestra identidad y nos hace partícipes de la tradición que hemos heredado. Así, el pasado recupera su actualidad en el presente y reclama su necesaria apertura hacia el futuro.

Sólo reconociéndonos en nuestro pasado y asumiendo el devenir de la dimensión comunitaria de nuestra existencia podemos hacer que nuestras decisiones nos lleven, efectivamente, por lo que Sartre llamó los caminos de la libertad para así escoger nuestro destino.

Apremiados por el deber, nublados por la costumbre, necesitamos los hombres contemplarnos en nuestro reflejo para así desencadenar nuestros sueños.

...el cine en su más noble expresión trasciende la esfera de lo meramente lúdico y, asumiendo su papel de obra de arte, nos ofrece los motivos humanos con nueva y luminosa faz, tal como un extraño espejo que, para reflejarnos con fidelidad, actualiza lo posible y nos transforma, convirtiéndose en máscara que al mismo tiempo recubre y desnuda nuestro rostro.

Algunas veces hay distinciones que honran más a quienes las otorgan que a quienes las reciben.

Sobre la base de todo, debe hallarse el fomento del ingenio y la creatividad de los hombres.

A la modernización de las sociedades, al saneamiento de las economías, al inteligente aprovechamiento de las técnicas más avanzadas, habría así que añadir la humanización del tejido social, concebido en todas sus dimensiones e iluminado por una lúcida percepción de valores superiores.

Queda claro que hoy no basta para el profesional idóneo una mera actualización en el manejo de modernas tecnologías, es necesario ir más lejos y encontrar en quien pretende convertirse en elemento activo de la vida productiva la disposición para un aprendizaje constante que finalmente lo conduzca a la gestación de innovaciones propias y adecuadas a las circunstancias emergentes.

...el profesional de hoy –y obviamente el que demanda el futuro– ha de ser la persona que no sólo tenga ya un cierto saber y se disponga a actuar sino que además, en actitud proactiva, sea un pionero que explore modos inéditos y mejores para responder a los retos de las tareas nuevas que permanentemente se ofrecen.

...el modo en que la esfera de lo privado se proyecta en las necesarias relaciones interpersonales se muestra con particular transparencia en la textura de la vida vecinal. Casi es innecesario decir que es sobre la sencillez aparente de estas relaciones más próximas que se constituyen los núcleos políticos básicos que configuran una nación.

Miembros de la *polis*, protagonistas de la civilidad y por ello herederos de las *civitas* romanas, la expresión más cumplida y formal de nuestro papel como integrantes de la sociedad, arranca de nuestro irrenunciable carácter que nos sitúa dentro de la ciudad, no para ser un número más dentro de ella sino, como todas las otras personas que acompañándonos la hacen posible, un constructor lúcido y responsable de la vida en común.

Nos recuerda un antiguo precepto que siempre hemos de evitar los lugares comunes, pues en sus palabras gastadas difícilmente cabe la originalidad del sentimiento y la razón. Y sin embargo, no es menos cierto que en muchas de las rancias distinciones que ofrecen los viejos tópicos se encierran verdades permanentes.

La juventud de hoy es, pues, también aquel gran conjunto de hombres y mujeres nuevos que buscan reencontrarse con los ideales permanentes de una vieja tradición que se proyecta por sobre los diversos momentos de la historia, que es más grande que los intereses puestos en juego en una u otra coyuntura y que nos convoca a todos en el espíritu universal de la humanidad.

Recuperar nuestra personalidad como agentes sociales es una obligación urgente para quienes debemos enfrentar una realidad como la latinoamericana, en la que las premisas de la sociedad del conocimiento constituyen, antes que el diagnóstico de una situación, un proyecto.

La sociedad globalizada aspira proporcionar bienestar, pero provoca también tensiones sociales por su doble carácter homogeneizante y disgregante.

...una misión urgente, de elevado contenido ético, se impone al comunicador de nuestros días: encontrar el modo en que se habrá de forjar el gozne que oficie de nexo entre la virtualidad de las imágenes y el universo de lo real.

Principio de todo conocimiento y centro mismo de la experiencia humana es pues la comunicación, término que supone la presencia de un suelo compartido: aquel terreno de la comunidad que permite proyectar la existencia de cada uno en una vida de relación.

...a la medicina, noble apostolado dedicado al cuidado de la vida, no le es suficiente el ejercicio riguroso del conocimiento científico que nos habla de nuestra dimensión biológica: es también un arte, el arte de descifrar al ser humano para entenderlo en su dolor, en su ambigua naturaleza de ser hecho de carne y de espíritu.

...la vida humana, en su naturaleza más propia, obtiene su sentido a partir de esta unión inextricable entre lo carnal y lo espiritual, abriéndose así a los caminos de la libertad, pletórica de posibilidades pero también siempre limitada en el tiempo y en el espacio, determinada a conformar necesariamente su identidad a través de las relaciones forjadas con los otros.

Formar personas implica recuperar para todos y cada uno la dimensión de nuestra historicidad, que no es otra cosa que reconocer como elementos constitutivos de lo humano la asunción del pasado y la apertura al futuro.

Jamás olvidemos que la formación profesional que la Universidad imparte es sólo un camino para la consecución de ese fin que somos nosotros mismos en tanto seres humanos, responsables no sólo de nuestra propia existencia sino también copartícipes de la nunca acabada misión de construir un mundo cada vez más pleno.

El transcurso objetivo del tiempo no sólo nos sitúa frente a una realidad presente, en un aquí que nos permite enfrentar la cotidianidad con sus múltiples urgencias. La vida de las sociedades tiene además el carácter insoslayable de pautar un camino en el que las comunidades tejen su historia recuperando sus raíces y diseñando su vida futura.

Somos todos conscientes que las batallas por la paz, las batallas por el país, no se libran en nuestros días tan sólo con la seguridad que ofrecen las armas; porque para los peruanos la pobreza y el subdesarrollo son los enemigos más enconados, a los que civiles y militares debemos enfrentar con lucidez y armonía.

1999

Urgido de respuestas para nuevos tiempos, en los que se ha de vivir de modo mucho más intenso un proceso de mundialización, nuestro país debe ser capaz de superar su propio desconcierto y unir todas sus sangres en un tejido sin costuras, que haga justicia

a lo diverso en lo unitario, que construya desde su propia historia una ruta de esperanza.

...de ningún modo la vida universitaria pretende desconocer la realidad existente fuera de sus muros. Por el contrario, es su misión permanente aprehenderla y capturarla en lúcidas imágenes y ello con plena eficiencia, para delinearla no sólo en cuanto a lo que ella es, sino en cuanto a lo que ella podría o debería ser.

Somos conscientes de que la edad madura, que nos aleja de las labores formales, no señala el acabamiento de la inteligencia, ni el menoscabo de la creatividad, antes bien, ella se dignifica mediante la conquista del ocio, en el sentido griego de la palabra, es decir, como la circunstancia propicia en que somos ajenos a las urgencias materiales y podemos dar rienda suelta al crecimiento del espíritu.

Si en los albores de la modernidad la élite culturalmente privilegiada estaba vinculada con la escritura, hoy la cultura se inclina a privilegiar los llamados lenguajes multimediáticos, en los cuales muchas veces no hay espacio para la reflexión y el paciente raciocinio. Como consecuencia de ello, la formación de la persona de nuestro tiempo, especialmente en los centros urbanos, no puede comprenderse ya sin este amplio entorno en el que, de modo inevitable un lado del circuito se encuentra en situación privilegiada.

Si resituamos la técnica en su lugar natural como prolongación de la ciencia y entendemos a ésta –no importa de qué ciencia se trate– como nacida del hombre y al servicio del hombre, si la neutralidad axiológica de los medios en su dimensión operativa la contagiarnos de una mirada superior que nazca de una ética solidaria y responsable; entonces, sin una renuncia miope a los logros alcanzados, podremos, a través de su recto uso, no sólo soñar sino comenzar efectivamente a plasmar una humanidad mejor y un mundo realmente unido.

La sociedad de la información se encuentra ante la posibilidad de convertirse en una sociedad del conocimiento, pero ello sólo será posible en tanto se fomente un uso inteligente y crítico de los instrumentos tecnológicos.

Porque formamos parte de una generación, porque somos herederos de las que nos han antecedido, y también responsables de y por las que vienen a continuación, deviene en imperativo dar cuenta de un tiempo, de sus azares, de su razón.

El transcurso del tiempo no es suficiente para la construcción de proyectos con sentido. Se limita al simple uso de las cosas y las más de las veces a fomentar procesos naturales que se hallan destinados a finalizar. Es el hombre, ser único dotado de significado y capaz a partir de allí de otorgar contenido a su entorno, aquel que brinda textura al devenir y puede erigirse en constructor del mundo y en agente de la historia.

La universidad a través del saber, busca servir al hombre. Crear, aplicar y difundir el conocimiento no sólo significa el trazarnos como misión la realización intelectual de las personas consideradas aisladamente sino más bien el insertarlas de modo total en un tramado social en el cual hallan lugar y sentido.

La historia de toda nación se halla invariablemente impregnada por la búsqueda de aquellos rasgos que conforman su identidad. Y ello sin duda es así porque este sentimiento de colectividad espiritual, por el cual sentimos que compartimos estilos singulares de vivir y comprender el mundo, otorga cohesión a los integrantes de un pueblo y los impulsa a enfrentar y construir unidos su propio destino.

Cuán repetidas y, por ello mismo, cuán pobres de sentido nos suenan a veces palabras como "verdad" y "bien"; y, sin embargo, cuán importantes son para que nuestras existencias se llenen de sentido. Y ello porque, en tanto que sintamos su presencia guiando nuestros actos, en tanto que las invoquemos con su entero valor para juzgar lo que deseamos para nosotros mismos y para los demás, nos mantendremos a distancia tanto de aquella debilidad existencial cuya pobreza de ánimo hace que muchos se dejen inclinar y vencer por los aires dominantes, cuanto del egoísmo, que estrecha y empobrece las metas de los hombres.

En un país como el nuestro, en el que los recursos siempre son escasos, la eficiencia es un imperativo moral. Dilapidar nuestras dotes materiales o intelectuales, complacerse en una práctica mediocre de la ciencia o cualquier otra labor, es en cierto modo sustraer algo a nuestros semejantes, defraudar sus expectativas.

El quehacer artístico no se ofrece, pues, como recreación dócil de la naturaleza y mucho menos afición que se complace en la actividad lúdica. Hemos de pensar más bien en la obra de arte como materia en la que se anuncian los claroscuros de nuestra existencia y que expresa, en múltiples paradojas, esa relación siempre ambigua entre el hombre y sus signos, entre el ser personal y el ser colectivo.

No es concebible el amor al arte si con él no va aparejado el amor hacia la libertad y quien ama la libertad no puede a su turno evitar ser un *homo viator*, un viajero que continuamente quiebra horizontes y que lo hace no por capricho e inconstancia, sino por su ansia de hallar un lugar desde el cual desplegar sin trabas la plenitud de su genio.

Tan o más desdichada que la pobreza material es la miseria del espíritu en la cual la imaginación languidece y el don de pensar la realidad bajo una nueva mirada se extingue.

La respuesta del arte es ampliar el mundo, enriquecerlo a través de la conquista de nuevas formas, despertar e inquietar nuestras mentes, cuestionar aquella racionalidad que privilegia la aparente verdad irrefutable de las cifras y que calcula la valía de la persona solo en tanto que produce y consume.

La recuperación de la vida humana en toda su hondura y riqueza mediante un acto que no es repetición sino creación, es, pues, lo que subyace a la labor artística, aquello que nos permite reconocer la vibración de lo poético por debajo de sus múltiples y variadas manifestaciones.

2000

La posibilidad de convivir sin conflictos, en paz absoluta con los demás, constituye una hermosa propuesta que ha alimentado sueños y utopías. Aún no hemos aprendido a hacerlo y quizás incluso tal ilusión sea contraria a nuestra condición de seres perfectibles, que deben compartir un mundo aún limitado. Muchas veces por ello el desentendimiento, la competencia ciega y el antagonismo parecen ser las mayores fuentes de presión en la marcha de la vida social. Nada de ello nos lleva sin embargo a echar por tierra toda esperanza de encontrar nuevas maneras de relacionarnos que propicien una convivencia más armónica, sobre la base de un sistema de normas justo y confiable.

Toda institución que desee ser digna del apelativo de universidad asume, pues, un cometido que trasciende el dictado de clases o la entrega de títulos profesionales. Más profundamente, su finalidad es hacerse cargo de lo real y ello, bien lo sabemos, constituye un desafío perenne. De ahí que los estudios universitarios estén inspirados en la crítica tenaz y persistente, que advierte, sin concesiones, que no hay caminos ni soluciones concluyentes. Siempre inquieto, nunca satisfecho, el universitario sabe que su compromiso es la creación más que la imitación y el disentimiento más que la conformidad.

Estamos todos convencidos de que las letras no han perdido su lozanía: aquellas cuestiones que las fundaron han logrado atravesar las épocas de mayor fe en una ciencia autónoma y hoy nos interpelan con renovado vigor. Y ello porque, antes que convertirlos en reflexiones exquisitas o elevados lujos intelectuales, el imperio tecnológico, que incentiva el saber fragmentado y la actuación rutinaria, no puede sino hacer mucho más ostensible el valor de los estudios humanísticos, los únicos capaces de dar cuenta de la realidad en su extensión más plena.

Historiadores, filósofos y científicos sociales se han preguntado desde hace varios siglos cuál es el elemento esencial que da cuenta de la riqueza de las naciones. Las respuestas han sido diversas y a veces contradictorias. Pero en el fondo de todas ellas yace

una verdad que tiene la contundencia del sentido común: sólo el trabajo metódico y racional trae riqueza, prosperidad y bienestar general a un pueblo.

Ejercer la ciudadanía no significa conceder una fracción de nuestra voluntad para desentendernos de la cosa pública. Ella es una condición que se realiza cotidianamente en la crítica de los acontecimientos sociales, en el debate sobre lo que conviene a la nación y, ante todo, en el ejercicio de una conciencia alerta.

...la búsqueda del bien es un esfuerzo constante que demanda viva energía y disposición hacia la caridad. Y para ello hemos de recordar que no es posible que de actos injustos nazca la justicia, como no es posible llegar a la verdad a través del sofisma, ni construir la paz socavando los fundamentos del consenso.

Reaccionar ante la degradación de nuestra vida en común, exigir y practicar la higiene de nuestros hábitos públicos, demandar como ciudadanos de la República el cumplimiento puntilloso de las normas que pautan la convivencia civilizada, no es prurito elitista ni asunción de menudas banderías, sino simple y llanamente, una expansión espontánea de nuestra sensibilidad moral.

Nuestra presencia en este mundo no es, no puede ser, un tránsito mecánico y amodorrado del nacimiento hasta la muerte, un paso fugaz e inconsciente por episodios y lugares inconexos. Al contrario, el arco que describe cada una de nuestras biografías se erige en una vida plena cuando está recorrido por las preguntas radicales: ¿quién soy? ¿a dónde voy? ¿por qué obro de esta manera y no de otra?

Esta urgencia permanente por la cual se exige nuestro más cabal compromiso en la lucha por derechos inalienables hoy la experimentamos de manera dramática en nuestro país. Pareciera que el débil ropaje de las formas no alcanza más a cubrir de modo honesto el cuerpo lacerado de un pueblo que se halla agraviado en sus reclamos fundamentales. Se debilita así la eficacia de un poder que a fuerza de haberse distanciado de los orígenes que le brindaban legitimidad y de los fines que le otorgaban significado

comienza a mostrar sus fisuras, pierde credibilidad y al hacerlo nos enseña, muy a su pesar, que ha llegado la hora de reivindicar a las personas y con ellas a la calidad veraz y honesta que debe impregnar las relaciones entre autoridad y sociedad.

A pesar de la extraordinaria riqueza de posibilidades espirituales que posee nuestra existencia, no podemos desconocer que la condición humana es finita y por eso se halla marcada por la limitación de nuestras fuerzas y la fugacidad de nuestros sentimientos. Lo total, lo ilimitado, lo absoluto, solamente podemos concebirlo como atributos de lo Divino, como instancias a las que nos es dado acercarnos únicamente cuando hayamos trascendido nuestra dimensión terrenal.

Paradójicamente, mientras nuestra osadía científica ha suprimido las fronteras y ensanchado nuestro dominio material del orbe, nuestra imaginación geográfica y nuestra capacidad para pensar lo existente con una aspiración de integridad se han angostado. Los infinitos accidentes de la naturaleza quedan relegados a la condición de depósito de materiales y olvidamos que son ellos nuestro entorno esencial, el gran escenario de nuestra aventura en el mundo.

La historia moderna está repleta de oxidados despojos de experimentos sociales emprendidos a veces de buena fe, a veces con dispendio de recursos y trabajo, pero carentes de aquel elemento único que da consistencia y perdurabilidad a una obra colectiva, como es la autodeterminación y la participación, el sentimiento de que esa institución, ese campo de cultivo, ese canal de regadío, esa fábrica, ese hospital, esas leyes son en efecto obra nuestra.

Sorprendente paradoja: el hombre de nuestra época, igual que el de la venerable antigüedad, es presa del temor en sus relaciones con la naturaleza; sólo que hoy la angustia no nace de un entorno que lo sobrepasa, sino que más bien surge de él mismo, de su propio saber, que traducido en un quehacer afiebrado prefigura el ominoso riesgo de hacer sucumbir la existencia planetaria.

La esperanza nos brinda una mirada generosa y nos ayuda a deponer los apetitos menudos, a no dejarnos abatir por las tribulaciones del

ahora, a no olvidar que el actuar en el presente no puede ni debe estar desprendido de una responsabilidad con el futuro.

...velados los bordes que distinguen lo real de lo falso, los imaginarios creados y transmitidos por los medios se convierten muchas veces en unidades de valor para juzgar nuestra propia existencia. Reducido a la condición de mero consumidor de imágenes y de mediocridad, el hombre contemporáneo pierde su autonomía y se vuelve en un ser heterónimo, vaciado de determinaciones y juicios propios.

Nuestras creencias y convicciones, nuestra forma de ver la realidad, resultan sometidas a la fuerza disolvente de un mundo en transformación. Y es, por ello, necesario contar con un espíritu fuerte para poder seguir el paso de los tiempos con una perspectiva ancha, hospitalaria hacia la novedad, pero sin abandonarse al estéril relativismo, sin perder el centro de gravedad que nos señala lo que somos y lo que estamos llamados a ser.

Hoy, la lectura y la escritura son sin duda capacidades básicas sin las cuales difícilmente podemos aspirar a forjarnos una vida de bienestar. Estar excluidos de ellas o tener un acercamiento incipiente a tales cualidades puede ser una de las mayores injusticias a que podamos estar sometidos, pues el analfabetismo priva a los sujetos que la padecen de oportunidades y crea privaciones. Y esto que ocurre en el plano individual adquiere un carácter especial en el plano colectivo.

Alimentarse es la necesidad más elemental y resulta por ello una sombría paradoja el hecho de que, habiendo la ciencia abierto una ventana a una nueva era en la que se han anulado las distancias de tiempo y espacio, habiendo ya lanzado el ojo humano hacia la observación del vasto espacio exterior y hacia las intimidades del universo genético, no hayamos podido aguzar la mirada hacia una amenaza que asuela a buena parte de la humanidad como es el hambre.

Lo fugaz constituye la norma; lo perdurable, una excepción. El mundo de hoy nos ofrece, pues, un tiempo mezquino y, en medio

de la precipitación constante de sucesos, a menudo deshumanizador.

Las guerras étnicas, los nuevos integrismos, el consumo conspicuo, la mística banal de lo que se ha llamado una "nueva era", son algunas evidencias de que aún no hemos hallado aquel destino humanizador por el que bien podría conducirse la sociedad tecnológica.

...nuestras vidas no son una sucesión de momentos aislados, no son una acumulación casual de incidentes y anécdotas, sino una unidad muy sólidamente trabada. Nuestro bienestar, nuestras satisfacciones, nuestros logros no son jamás el resultado de un simple capricho de la suerte, sino el fruto de las acciones y las decisiones que hemos realizado en el pasado.

Nuestras vidas son un continuo despertar a la responsabilidad, a ese momento en que nos hacemos cargo de nosotros mismos, en que dejamos de esperar que otros tomen nuestras decisiones, en que optamos libremente, pero también de manera razonada, por el camino que deseamos seguir, y aceptamos las consecuencias que se deriven de esa elección nuestra.

2001

Libertad, razón, capacidad de emocionarse e ingenio creativo son, como sabemos, dones propios del espíritu. Pero todos estos atributos que nos animan e iluminan a cada instante solamente adquieren pleno significado gracias a nuestra vocación esencial de afirmarnos como seres de alteridad. Ello es tan cierto que si observamos detenidamente las realizaciones humanas, desde las más cotidianas hasta las más asombrosas, encontraremos que ninguna de ellas puede concebirse sin aquel poderoso movimiento de nuestra voluntad, desplegado bajo el signo de la cooperación con nuestros semejantes. No hay invención, no hay proeza ni aventura que sea el mero fruto de sujetos aislados.

Cancelada la seguridad que nos ofrece la rutina, debilitadas las

certezas que se apoyaban en lo ya conocido y probado, los seres humanos miran con nuevos ojos su entorno y se examinan a sí mismos con especial rigor en busca de respuestas sobre ese pasado que se muestra distante, sobre ese futuro que apela a la conciencia para desafiarla y acicatearla y sobre el presente, que reclama definiciones certeras y comportamientos justos.

Una institución se hace madura porque en los años que acumula ha sido capaz de afirmar y vivir convicciones, al tiempo que ha reunido un patrimonio de conocimientos que, por haberse hecho inherentes a su ser y por informar cada una de sus decisiones, acuña su identidad.

No entendamos la ignorancia como simple carencia de ilustración. Ella posee un semblante terrible y radical: el desconocimiento de nosotros mismos, la ofuscación de nuestras vocaciones, la disminución de nuestras facultades, el olvido, en último extremo, de nuestros semejantes.

Habitar la moralidad es ser capaces de discernir el bien del mal y hacernos responsables ante los otros por nuestras acciones. Por ello mismo, justamente entendida, nunca es una empresa individual: ella, la moralidad, se construye a partir de nuestra necesaria relación con los demás.

En la historia se muestran los frutos de la inteligencia humana, las conquistas que han podido alcanzar el amor y la solidaridad, pero también las secuelas de su iniquidad, de su mezquindad o de su ignorancia.

Todo acto nuestro, por inocuo que lo juzguemos, repercute inevitablemente sobre los demás, a la vez que no hay desdicha ajena que no estemos llamados a sentir como propia.

...la observación de esa hechura rica y compleja que es la historia no es una afición frívola, que escruta vanamente un tiempo muerto y acabado, sino un esfuerzo por comprender la naturaleza de los seres humanos y una manera a través de la cual transitamos la ruta que conduce del ser al deber ser.

A un mundo nuevo le corresponde un nuevo derecho y a un mundo que busca fijar como meta la edificación de una comunidad universal, le corresponde un derecho enteramente humanista, capaz de integrar a las naciones, más allá de sus rasgos propios, en una extensa y eficaz red de relaciones que permitan el desarrollo equilibrado de cada ser humano y de cada pueblo.

Adherirse sin reservas a la defensa y la promoción de los derechos humanos es, en cierto modo, hablar el lenguaje de la universalidad; es reclamar el reconocimiento de un horizonte general de dignidad que se fundamenta –tengámoslo claro– no en los méritos de las personas sino en su esencial naturaleza humana. Poseemos derechos por lo que somos y no por lo que hacemos, y por ello mismo no hay acto, hecho ni circunstancia que los pueda enervar.

El malentendido más común del mundo contemporáneo consiste en suponer que dar significa renunciar a un bien, privarse de algo, sacrificarse. El espíritu mercantilista, que hoy por hoy contamina casi todas las actividades humanas, está dispuesto a dar, pero sólo a cambio de recibir. Para quienes se encuentran imbuidos de él, les cuesta entender que dar produce más felicidad que recibir, no porque sea una privación virtuosa y abnegada, sino porque en el acto mismo de dar está la expresión última de la humanidad. Pues, al hacerlo, la persona que da ejerce su libertad y se siente viva y, por lo mismo, dichosa.

...el trabajo es esencialmente una realización humana y que, por lo tanto, además de seguir las leyes del mercado, debe estar normado y validado por los principios éticos y morales que ninguna sociedad puede desdeñar.

La gran transformación tecnológica genera aprensiones de otro tipo. No sólo preocupa la cantidad de puestos laborales; lo que hoy también se pone en cuestión es la calidad del trabajo mismo. Éste, según quienes observan estas realidades más de cerca, se hace volátil: cada trabajador se ve obligado a capacitarse incesantemente, a renovar sus talentos y aptitudes para mantener el paso del mundo.

América Latina necesita mentes lúcidas y generosas, capaces de percibir y reaccionar sensiblemente frente a los dramas humanos inscritos en la dura realidad del subempleo, pero, además, conciencias que sepan interpretar la carga positiva de las conquistas de la modernidad.

La capacidad de discernir la justicia de nuestros actos, de sopesar el valor de nuestras decisiones y el sentido que adquiere nuestra vida en común, en fin, esa propensión al escrutinio constante de la forma de vida que nos toca cumplir y que nos es posible realizar, es una de las herencias más preciadas que hemos podido recibir, porque de ella nace la revolución más significativa de nuestra historia: aquella que inaugura y da forma al mundo en el que hoy nos desenvolvemos.

Lejos estamos hoy de creer que el crecimiento de la riqueza en una sociedad es suficiente prueba de validez de un programa económico, pues ha arraigado ya en el pensamiento contemporáneo la conciencia de que tal incremento de riqueza es fruto estéril y burdo espejismo, si no va acompañado de los necesarios mecanismos de distribución que le permitan traducirse, al fin y al cabo, en bienestar de las personas concretas.

Demasiados recursos y esfuerzos caen diariamente en el vacío por una defectuosa comprensión de los problemas o por una consideración insuficiente de los medios para resolverlos. Y sabemos que frente a las enormes carencias que agravan a nuestros semejantes, tal desperdicio es, más que un fracaso de la inteligencia, un síntoma de letargo moral.

Es verdad que el sector privado toma provecho del saber y de las calidades profesionales que aporta la universidad, pero su compromiso con ésta debe ser finalmente un compromiso con nuestros países, con nuestro desarrollo en términos integrales, esto es, en los aspectos tanto económicos, sociales como humanos.

Toda marcha, toda transformación, debe poseer una finalidad. De otro modo, no son más que avatares carentes de sentido, vaivenes o perturbaciones que no se proponen un destino.

Convertir a las instituciones universitarias en meras empresas lucrativas, quizá sea más fácil, más cómodo e incluso más "eficiente" en términos administrativos y rentables, pero, y esto lo sabemos bien, ello significaría desechar una poderosa y rica tradición a través de la cual la humanidad ha conquistado sus más grandes avances científicos y morales.

Aún en las más desdichadas tragedias representadas en el escenario, el trasfondo de toda obra teatral es la celebración de la existencia humana, la búsqueda de aquello que trasciende y perdura tras una apariencia efímera: un gesto, una palabra, una acción, pueden conmover nuestras almas porque finalmente hablan de nosotros mismos, de nuestros sueños, de nuestras secretas esperanzas, de nuestras convicciones.

En esa doble tensión, acicateada por la velocidad y la estridencia con la que esta era tecnológica a veces acalla la imaginación, el arte teatral libra día a día una desigual batalla en la cual cada puesta en escena es motivo de fiesta.

La soberanía, hoy lo sabemos bien, pertenece a los ciudadanos y la delegación de poder en nuestros gobernantes no es de ninguna manera una concesión que los exonere de rendir cuentas y de actuar de modo transparente.

Esta tarea, la de edificar un régimen democrático estable, no la hemos emprendido seriamente y, si hemos fracasado en más de una ocasión, tal vez haya sido porque nos hemos permitido tolerar una idea superficial de la democracia, por la cual nos hemos conformado con reemplazar gobiernos impuestos por gobiernos electos, pero dejando un régimen político social, las más de las veces intacto, obsoleto, autoritario, disgregador y, sobre todo, injusto e inmoral.

Ninguna elección puede hacer de un gobierno el dueño del Estado, ni el apoyo más abrumador puede convertir un país entero en patrimonio privado de un pequeño grupo. Sus decisiones son decisiones sobre la cosa pública, y no pueden ser llamadas democráticas si no

son conocidas, controladas y fiscalizadas por la ciudadanía.

Democratizar el Estado exige democratizar la sociedad, y esto sólo se puede entender como la extensión de los derechos a todos sus miembros. Esos derechos están, por cierto, largamente reconocidos en la Constitución. Pero el ejercicio de la ciudadanía implica lograr que tales derechos sean verificados en la práctica, empezando por el más elemental de todos ellos, y sin embargo tan esquivo entre nosotros, como es el de la igualdad ante la ley.

El presupuesto básico de la ideología que sostiene a las universidades-empresa es, en pocas palabras, creer en la obsolescencia del pensamiento libre y crítico, una de las funciones más nobles de la racionalidad humana, y en la sustitución de éste por un pensamiento estrictamente de cálculo lucrativo, trueque que significa el desprecio de uno de los medios para desplegar nuestra libertad.

Las ideas de justicia, de equidad, de solidaridad, parecen quedar cada vez más relegadas en un mundo que ha hecho de la eficacia tecnológica el criterio exclusivo de validez. Este fenómeno es indicador de un segundo desequilibrio, consistente en cierto debilitamiento de las exigencias morales que deberían servir para juzgar las decisiones y los actos de los individuos y de las sociedades.

Es el ser humano el único dotado con la capacidad de preguntarse, de asombrarse, de reflexionar sobre su entorno y de ir estructurando metódicamente sus respuestas; y así, en la aplicación de este ordenamiento teórico, ha ido construyendo muy lentamente, desde tiempos inmemoriales, un saber sobre el mundo en que vivimos, saber que articulado en la ciencia ha permitido que nuestra existencia cobre sentido, se arraigue y genere historia.

Somos seres incompletos, pero en vías de plenitud, y esa promesa de realización de nuestra naturaleza, esa posibilidad de ser lo que estamos llamados a ser, sólo puede cumplirse por nuestra existencia con los otros, por nuestra prolongación en ellos, por nuestra apertura a aquellos que son al mismo tiempo distintos y semejantes a nosotros mismos.

2002

La música, quién puede dudarlo, es un medio singular de expresión de nuestras emociones y una forma señalada de vincularnos a la naturaleza y a nuestros semejantes. Anidada en el tiempo, ella nos permite manifestar nuestras más profundas afecciones y vivencias, pero también abrimos hacia nuestros prójimos e insertarnos en el mundo en que habitamos, otorgando de esta manera riqueza y fundamento a nuestro devenir. Quizás por ello ningún pueblo ha podido dejar de plasmar su alma en melodías y cantos que acompañan cada acto de su vida, desde el trabajo y la fiesta, el cortejo y la fe religiosa, hasta el nacimiento y el duelo. Sus ritmos marcan, a fin de cuentas, los variables impulsos del corazón, tanto en los momentos cotidianos como en las situaciones-límite de la existencia. La música es, pues, una ventana que nos acerca de modo privilegiado hacia lo más humano de los hombres.

La globalización envuelve inevitablemente a todos los pueblos del mundo. Sabemos, sin embargo, que aunque todos nos hallamos involucrados en este proceso mundial, no todos los pueblos son afectados ni beneficiados de la misma manera. Por eso es facultad y deber de cada pueblo examinar sus vínculos con ella para asegurarse de que la ineludible experiencia de la inserción global sea, efectivamente, un puente hacia una vida mejor.

El *ethos* universitario bien podría ser resumido en esta expresión en apariencia inocua, pero cargada de implicancias importantes: la universidad es una comunidad de conocimiento, es decir, una comunidad en la que se vive en, por y para el conocimiento.

Y una vez más constatamos que la misión de una universidad que se precie de tal es encontrar, según el precepto aristotélico recogido por Santo Tomás, el justo medio entre una actitud conservadora, anclada en el pasado por simple prurito de tradicionalismo, y una postura de euforia ingenua y audacia irreflexiva conducente al seguimiento dócil de las modas de cada día. Entre uno y otro extremo, la universidad tiene el deber de afrontar los tiempos presentes con una actitud de apertura a las nuevas realidades mundiales, pero de ninguna manera de sumisión a ellas.

¿Puede cantar el mudo y oír el sordo? ¿Puede el hombre de hoy mantener todavía un diálogo vivo, fresco y creativo con el mundo? ¿Puede acaso un país postrado por décadas de atraso, pobreza y violencia alimentar la esperanza de una vida mejor para todos? La educación que impartimos enseña a responder que sí a esas preguntas. Enseña, en primer lugar, a despertar a la pluralidad del universo y hacer de nuestro espíritu un hogar hospitalario para esa diversidad. Y en segundo lugar muestra que la formación humana y el cultivo del conocimiento no son –no pueden ser– ajenos a la utopía, a la esperanza, a la fe.

Numerosas doctrinas, escuelas y pensadores han meditado en torno a la libertad y el modo en que ella ha de ejercitarse. Se han asumido al respecto diversas posturas; hay, sin embargo, una zona de confluencia en la que, borradas las diferencias, ella es considerada como una fuerza constructiva en sí misma, una condición del hombre moderno que no solo pone en sus manos la posibilidad de aprovechar los recursos de manera eficiente en beneficio propio y de sus semejantes, sino que, trascendiendo esta función, le permite hacer de la sociedad en la que habita un espacio ético.

El devenir de la historia nos ha traído, pues, conocimiento y poder. Ello es bueno, pero quizás nos ha hecho olvidar una condición fundamental: nuestra antigua pertenencia a una naturaleza que no puede ser transgredida sin una reflexión moral previa, so pena de traicionarnos nosotros mismos. Y es que debemos tener lúcida conciencia de que vivimos en un mundo compartido, un espacio en común frente al cual cada hombre y todos los hombres somos responsables. Ante esta situación hay quienes, con voz fuerte y acción decidida, nos recuerdan que sí hay solución de continuidad entre nosotros y nuestro entorno y que por lo tanto preservarlo es abogar por nuestra propia identidad. La ecología se ha encargado de esa tarea, que supone una invocación hecha no sólo a nuestra inteligencia sino también a nuestra sensibilidad moral.

Al decirles que el futuro de los medios de comunicación está en sus manos, también les auguro que el crecimiento espiritual de sus hijos estará estrechamente vinculado con las decisiones que tomen.

Serán ustedes los que luchen por una televisión menos degradante; los que creen mensajes publicitarios convincentes e innovadores, que eviten la violencia o la discriminación hacia cualquier sector de nuestra sociedad; y, también, aquellos que combatan el facilismo y el morbo que caracteriza a ciertos sectores de nuestra prensa, intercambiándolos por información cuyo objetivo central sea la formación de ciudadanos pensantes y con capacidad reflexiva.

Quien conoce la verdad no puede, por lo tanto, actuar injustamente y, por ello, acceder al saber es, necesariamente, participar de una vida nueva.

...el cine es un lenguaje con un valor pleno, alcanza a ser mucho más que un simple intermediario: es una manera de habitar el mundo, de entenderlo y de discernirlo.

Todo lenguaje corre el riesgo de banalizar la vida, de construir simulacros capaces de sustituir el campo real de la existencia. Pero también todo lenguaje es capaz de ofrecernos una imagen más rica de la realidad para que ésta ilumine nuestra conciencia.

Somos hijos de naciones diferentes, aquejadas por sus propios dramas; sin embargo, también es verdad que, por mandato de nuestra historia y de nuestra cultura, estamos hermanados en una patria común. Ese sentimiento compartido que trasciende lo que nos separa se revela de modo singular en las obras de arte, en los trabajos de nuestros poetas, de nuestros pintores y de aquellos creadores de imágenes que son los cineastas.

Imágenes y sonidos, personajes y escenas, encuadres y diálogos, colores y texturas se emancipan de la historia que contribuyen a narrar y pasan a instalarse, con sus propios fueros, en capas no visibles de nuestro espíritu y de nuestra sensibilidad, y allí, entreveradas con nuestras vivencias estéticas previas, con nuestros apetitos y nuestros temores, con nuestras preocupaciones conscientes y nuestras inquietudes inconfesadas, se convierten en la fragua de nuestros sueños y nos prestan los medios para hacernos de una imagen de nosotros mismos y de cuanto nos rodea.

Desde el momento en que nacieron a la vida independiente, las naciones de América Latina asumieron un compromiso que no ha sido cumplido todavía: propiciar que esos nuevos países autónomos y soberanos se conviertan en sociedades pacíficas, justas y equitativas en las que la realización humana sea, no un sueño imposible y frustrante, sino una posibilidad real para todos.

La promesa moderna que aparece expresada en el anhelo de libertad como atributo inalienable de todas las personas, consiste en proveer a los seres humanos las condiciones y los recursos que necesitan para alcanzar aquello que están llamados a ser por mandato de su naturaleza espiritual y por expansión de su voluntad.

Si una democracia se derrumba ante el primer soplo autoritario, ello es porque, en primer lugar, no a todos les resulta igualmente necesario e importante que ella se mantenga en pie, porque las personas que habitan en esa sociedad sienten que es lo mismo vivir bajo el imperio de la ley general que hacerlo bajo la arbitrariedad o el capricho de una persona o un grupo de personas en ejercicio del poder. Ello es, en suma, porque la democracia resulta, para esa población, apenas un rótulo grandilocuente y no un conjunto de reglas, garantías, instituciones y oportunidades estrechamente vinculadas con sus vidas cotidianas, con sus proyectos y con sus ilusiones.

El nuevo ordenamiento democrático latinoamericano, si ha de ser sólido y perdurable, deberá asentarse en una ciudadanía imaginada y erigida, a su vez, sobre los cimientos de un arreglo intercultural y, por tanto, enraizada efectivamente en la realidad del continente.

...las categorías con las que pensamos y vivimos como ciudadanos –la conciencia de nuestros derechos, del respeto mutuo, de nuestra soberanía frente a los poderes constituidos, nuestra condición de verdaderas fuentes de la legitimidad de todo poder– han de incorporarse y difundirse entre todos los habitantes de América Latina en un mensaje modulado según las particularidades culturales, pero al mismo tiempo universal en lo que concierne al reconocimiento del valor absoluto de toda persona. Ese mismo mensaje, por lo

demás, ha de llegar también a los habitantes de los mundos culturales privilegiados, abriendo sus ojos –nuestros ojos– a la riqueza contenida en la enorme diversidad de los pueblos latinoamericanos que representan, lo sabemos bien, formas distintas, y todas ellas valederas, de ver el mundo y de dialogar con él.

Desde el nacimiento de la ciencia moderna y su correspondiente expresión tecnológica en la Revolución Industrial, la expansión de la creatividad humana ha venido acompañada de un comprensible temor por la propensión autodestructiva de nuestra especie. En la segunda mitad del siglo XX, ese temor se concentró alrededor de la tecnología bélica nuclear. Hoy, el problema de la degradación del ambiente, advertido desde hace varias décadas, pero todavía no abordado con decisión a pesar de las convenciones mundiales dedicadas al tema, ha llegado a ser una amenaza muy concreta y constituye uno de los mayores retos que debemos afrontar para impedir que nuestra creatividad sea, al mismo tiempo, la fuente de nuestra destrucción.

Muchas veces, las exigencias de la vida cotidiana, los ritmos de vértigo de nuestra civilización industrial, las diversas esferas en que han de desarrollarse nuestras existencias, nos obligan a una dolorosa escisión, aquella que separa nuestros ideales de nuestros actos, un cisma espiritual que parece ser el precio que hemos de pagar para insertarnos en un mundo social y material lleno de constricciones de muy diversa naturaleza.

...tal vez no resulte exagerado afirmar que la mayor fortuna a que puede aspirar un hombre de nuestro tiempo sea la de conducir su vida –tanto en sus pasajes rutinarios como en sus raros momentos definitivos– según los valores de los que se siente y se declara solidario. He dicho *fortuna*, porque soy consciente de que esa preciosa coherencia depende no sólo de nuestra resolución, sino además de ese regalo que la Providencia nos hace al colocarnos en las circunstancias propicias para el cumplimiento de nuestra voluntad moral.

...en el orden de los asuntos humanos y sociales, no hay ninguna actividad reductible a razones exclusivamente técnicas; siempre

hay consideraciones morales, valores, orientaciones éticas que poner en práctica.

Mejorar la educación requiere, es cierto, un esfuerzo sistemático de modernización, una renovación de las bases teóricas y metodológicas de nuestro sistema, una relectura de los fines nacionales a los que él debe servir. Y sin embargo, no es menos cierto que el mejor diseño general se quedará en simple propósito si los protagonistas vivos de la aventura educativa –los estudiantes– se hallan privados de participar de procesos de evaluación eficientes que les revelen cuáles son sus verdaderas aptitudes y capacidades y que, por lo mismo, les permitan encauzar sus talentos para un mejor servicio a la sociedad.

Entre las artes verbales, pocas son tan generosas con el lector reincidente, con aquel que al cabo del tiempo vuelve a visitar a ese autor o a ese texto que lo deslumbró, como lo es el arte de la poesía. Regresar a un poeta o a un poema es, siempre, ir en procura de un goce y de un aprendizaje que es al mismo tiempo igual y distinto de nuestra experiencia original. Y ello hace posible, tal vez, que en la historia de la poesía –incluso de la poesía moderna– sean tan importantes las innovaciones como los redescubrimientos.

Nos estamos acostumbrando, por desgracia, a ser testigos impotentes de actos que no solamente transgreden la ley y hacen burla de la autoridad, sino que, al mismo tiempo, ponen en grave riesgo la convivencia social en sí misma.

...el respeto a la legalidad no depende únicamente de castigos impuestos por las autoridades del Estado; por el contrario, el restablecimiento del respeto a la leyes en el país requiere también la iniciativa y el compromiso de la comunidad entera, pues ella es la depositaria y protagonista de ese conjunto de ideas que denominamos cultura.

Autoritarismo, corrupción, violencia: parecen ser males demasiado grandes y demasiado arraigados como para hacerlos desaparecer de la vida cotidiana de nuestro país. Y sin embargo, los peruanos, como ciudadanos y como seres humanos tenemos el derecho de

esperar que ellos desaparezcan. Tenemos el derecho y el deber de la esperanza en un futuro mejor, y entendemos que la condición para ello es conquistar la verdad y gracias a ella la justicia.

Es inconcebible hoy, por tanto, una verdadera universidad que no posea en cierto modo una vocación internacional, orientación que, asumida debidamente, propiciará el establecimiento de una cultura global. Pero esa cultura mundial no ha de ser entendida como una anulación de las singularidades nacionales; antes bien, ese diálogo intercultural, si se da de manera leal y tolerante, significará un mayor respeto y permitirá preservar el sentido de cada cultura particular. De esta manera, integradas en una sola gran aldea, las casas de estudio de todo el planeta no sólo podrán reconocerse como pares más allá de toda frontera, sino que lograrán hacer justicia al más auténtico sentido de la palabra *universitas*.

...la democracia es un fin en sí misma. Ella es deseable y exigible no porque sea un *medio* para el desarrollo, sino porque posee un valor intrínseco. La democracia –así lo comprendemos hoy– es el régimen donde se puede dar de la mejor manera la realización de las personas tal como ella es entendida en la modernidad; es decir, como seres iguales, dotados de libertad y con derecho a un grado de bienestar esencialmente compatible con nuestra idea de la dignidad humana.

Con mercados desintegrados, con numerosos peruanos excluidos de una educación formal que los habilite para el empleo productivo, con una estructura del mercado laboral fuertemente excluyente, con una enorme capa de personas que viven diariamente con la sola expectativa de poder alimentarse y alimentar a sus hijos, es difícil que tome cuerpo una espiral de crecimiento económico.

La solidaridad y las redes de cooperación, lo mismo que la búsqueda de intereses legítimos por medios pacíficos y legales, sólo son posibles en una sociedad con cierto grado de organización, y ésta, a su vez, tiene como condición que sus integrantes posean ciertas características que son las de la ciudadanía.

...sin un conocimiento cabal del lugar en que vivimos, sin una memoria clara de sus valores y riquezas que él encierra, sin una interesada atención a los profundos cambios que ha ido experimentando a lo largo de su historia, no es posible hallar terreno fértil para el afecto.

2003

Bien sabemos que la relación que establecen maestro y alumno en la enseñanza del arte demanda, una disposición muy especial. El maestro ha de estar abierto a comprender y dejar crecer lo nuevo que se va gestando en su discípulo. Este, a su vez, debe confiar en los juicios de su guía y habrá de contener prudentemente sus ímpetus en favor de una autoexploración más reflexiva, que le permita recurrir con madurez y creatividad a los recursos de la técnica para poder transformarlos en elementos que se integren en una obra propia.

...una verdad esencial para todo aquel que profesa o ha profesado el magisterio: que el saber es una cosecha que se renueva en cada estación y que el conocimiento es fruto privilegiado de un esfuerzo que en común realizan maestro y discípulo.

...la obra de arte nos descubre finalmente el sentido oculto de las cosas y que por ello mismo no sólo es resultado de una estética sino también de una ética, de un ejercicio en el que se comprometen de modo excepcional tanto el cuerpo como la mente del creador para así dar a luz un nuevo rostro de la verdad.

La democracia, como ha sido dicho en más de una ocasión, constituye fundamentalmente un modo de vida, una manera de relacionarse entre las personas de acuerdo con ciertas reglas generales sustentadas en principios como son la libertad, la equidad y el respecto irrestricto de los derechos de las personas en tanto ciudadanos y en tanto seres humanos.

Más allá de las circunstancias económicas y sociales, más allá de gobiernos y partidos, más allá de leyes y reglamentos, existe un

consenso tácito, un conjunto de costumbres y actitudes, unos pactos generales que nadie, bajo ninguna circunstancia particular, debería sentirse autorizado a transgredir. Ese arreglo de costumbres, hábitos y valores, ese pacto fundamental, en sentido estricto, es lo que se halla expresado precisamente en una Constitución. Ella, más que una pieza jurídica, es una expresión formal y solemne de lo que una sociedad reconoce como su identidad en tanto comunidad política y moral, y al mismo tiempo es una expresión de un ideal, de un deber ser al que todos los miembros de esa comunidad se encuentran racional y afectivamente adheridos.

Ser libres e iguales, en una comunidad política, significa que las personas que en ella viven se encuentren protegidas de todo atropello de parte de los poderes del Estado, pero también quiere decir que esas personas posean los recursos y las capacidades para llevar a cabo sus proyectos de vida individual, esas grandes ilusiones que nacen de nuestra historia familiar, de nuestro entorno social y cultural, de nuestro intelecto y de nuestros afectos y deseos.

En ese clima de premura por consumir y botar, debemos reconocer que el análisis del texto en sus minucias léxicas, en sus detalles morfológicos más finos, es no solamente una actividad académica muy especializada, sino también una ineludible operación de rescate que, si bien no puede ser asumida por toda la comunidad de hablantes, sí fija reglas de comparación y mantiene viva una maciza verdad: cada libro realmente valioso siempre quiere decir más de lo que aparenta, lo que es otra forma de decir que el mundo de nuestra cultura es inagotable si sabemos prepararnos para gozar de él.

Hemos visto en los últimos años, y vemos todavía, cómo los poderes establecidos y los aspirantes al poder retuercen el significado de las expresiones en las que, en principio, debe sustentarse nuestra convivencia civilizada, y ello va desde los preceptos del orden constitucional hasta la promesa dada como prenda de buena fe. Habría entonces que preguntarse en qué medida esta situación se vincula con la decadencia de la formación en nuestras escuelas, en las que el cultivo de la lectura y el estudio de las palabras ha sido descuidado en una medida deplorable.

Si hemos de tener una sociedad justa y pacífica, ello será posible si todos los peruanos nos ponemos de acuerdo en que la mejor forma de organizar nuestra vida en común es el respeto al Estado de Derecho. Y esa convicción se edificará no por la sola amenaza del castigo, sino mediante una formación humana que haga del respeto a la ley una de nuestras más hondas y positivas convicciones.

Se suele decir que, en la historia, los vencedores siempre tienen la razón. Pero para quien habla desde una posición de principios sólidos, ni la victoria ni el merecido fin de una odiosa dictadura, pueden modificar el juicio moral que nos merece una aventura bélica que ha sido, sobre todo, un acto de arbitrariedad y prepotencia.

Ser ciudadano entre nosotros no equivale únicamente a conocer y disfrutar de los derechos propios y aprender a respetar los ajenos. Si realmente tenemos en cuenta la verdad histórica de nuestro país –aquella que estudiamos en las aulas, pero que encontramos a cada paso si tenemos voluntad de mirar y comprender– sabremos que ser ciudadanos en el Perú exige valor, energía y sobre todo un sólido compromiso con nuestros semejantes, con esa mayoría de peruanos secularmente excluidos de la protección del Estado, de la atención de la comunidad política, del disfrute de la riqueza social e incluso de la consideración de sus compatriotas. Implica, pues, aprender a alzar la voz, no por interés propio sino pensando en el bien común; implica comprender que tras todo privilegio inmerecido que aprovechamos puede existir la postergación o la negación del derecho de alguna persona; implica, en suma, realizar un aprendizaje radical de la igualdad, tan difícil en una sociedad donde la jerarquía forma parte del sentido común y de la cultura oficial.

Hoy se habla de una sociedad mundializada pero se trata todavía de un horizonte muy estrecho: mientras en un lado de la Tierra son revelados los secretos de la biología molecular y se multiplican las vías de comunicación electrónica, en el otro extremo asoman antiguas rivalidades y son empuñadas con brutal energía las armas del odio y de la violencia ciega.

Una tradición no nace ni se consolida únicamente por la prolongación en el tiempo de una actividad. En todo caso, la simple continuidad, si bien es condición necesaria, de ningún modo basta para constituir por sí misma una tradición significativa. Para que esto último exista, se hace preciso que nuestros actos colectivos revelen una cierta coherencia, una estabilidad, la adhesión a ciertos principios básicos que los hagan reconocibles y distinguibles.

La alegría de sentirnos universitarios nace de la convicción de que en este claustro somos capaces de abrir nuevos caminos hacia una sociedad más justa y humana. Para ello estudiamos, para ello incentivamos el saber de nuestros estudiantes, para ello demandamos la recuperación de la fe en nuestro país y en sus grandes posibilidades.

Junto con la creación de riqueza, se hace necesario un desarrollo social y político que haga posible que aquélla se distribuya equitativamente entre la población y que, por tanto, se traduzca en un verdadero bienestar colectivo.

...los grandes objetivos que se traza una sociedad –por ejemplo, el de la industrialización o el de la reducción de la pobreza– no son obtenibles simplemente por un acto de voluntad política. No basta la determinación de un gobierno ni es suficiente, siquiera, un amplio consenso político y social para que ciertas metas de transformación colectiva sean efectivamente alcanzadas. Si la voluntad de obrar es importante, lo es en igual o mayor medida la existencia de ciertas condiciones en la organización social, ciertos arreglos duraderos entre Estado y sociedad, que permitan que esa voluntad y la acción de gobernantes y gobernados rinda los resultados deseados. Es necesario, en pocas palabras, que esa sociedad sea *gobernable*.

Liderar una sociedad no consiste, por cierto, en ejercer el poder por medio de la manipulación o de la coacción. El método autoritario puede resultar eficaz en lo inmediato, pero sus resultados siempre serán dudosos en el largo plazo. Frente a esos métodos verticales y excluyentes, que privilegian la imposición y el engaño sobre la participación y el convencimiento, se requiere construir un sistema de representación verdaderamente legítimo, por el que el poder

constitucional no sea solamente un fenómeno legal, sino que tenga sus raíces en el entramado de la sociedad civil.

...el cine constituye uno de esos privilegiados medios por el que los habitantes de este continente, de esta América nuestra que acaricia siempre el sueño de la integración, han podido y pueden verse, en verdad, hermanados. Con su lenguaje y temáticas particulares, las imágenes del cine latinoamericano nos permiten, en efecto, componer ese gran mosaico que son nuestros países, que transitan en paralelo pero que se mantienen unidos en virtud de profundos vínculos que se remontan a una historia en común.

Una sociedad que tenga como rasero únicamente el valor del mercado y que desdeñe el valor humano (aquel que, finalmente, da sentido a la existencia) puede llegar a convertirse, en efecto, en una tiranía que proscriba la imaginación y el sueño, configurando un mundo desolado y triste.

Vivimos una realidad en la que la falta de fuentes estables de ingreso y la vigencia de regímenes laborales muchas veces injustos exigen el desarrollo de una industria fuerte y próspera, una industria que mejore las condiciones materiales de sus empleados y, tanto o más importante, que conozca y aproveche los adelantos técnicos indispensables para que dichos trabajadores accedan a una vida más digna y confortable.

Por ser espacio privilegiado de nuestra vida intelectual, la universidad posee, en mayor medida que cualquier otra institución, la fundamental misión de brindar a las sociedades el conocimiento y la reflexión sobre el futuro que se nos abre. Ella ha sido, históricamente, la encargada de interpretar, de dar sentido al mundo que nos rodea, y de elaborar respuestas a ese mundo que no sean solamente un acto reflejo, una reacción inmediata nacida del momento, sino el fruto de una serena consideración de los hechos y de su cotejo con ciertos principios asumidos y practicados de manera permanente.

El conocimiento, tanto en las ciencias exactas como en las ciencias humanas y sociales, no se queda jamás en la aprehensión de lo

particular; si desea acceder al estatus de conocimiento, procura siempre ascender a la categoría de enunciado sobre la universalidad de un fenómeno.

...un conocimiento que no realice el camino de vuelta, de lo general a lo particular, corre el riesgo de quedarse congelado en la categoría de información, de dato desprovisto de sentido real.

El conocimiento no es, en rigor, una *cosa*, sino la concreción de una facultad y la respuesta a una necesidad.

El saber le permite al hombre dominar su entorno, disponer de un extenso campo de acción preñado de infinitas posibilidades que demandan continuas decisiones. Esas decisiones, asumidas en el ejercicio de su libertad, no sólo deben responder a un mero beneficio individual, sino también a un fin más amplio: el saber vivir con los otros para así construir un mundo mejor para todos. De este modo, es claro que toda tarea vinculada al conocimiento exige la mediación de una responsabilidad ética.

La globalización, al potenciar las fuerzas del mercado, ha propiciado que éstas alcancen magnitudes insospechadas en el intercambio comercial y, en clara hipertrofia, se imponen también en el servicio educativo universitario, el cual deviene, entonces, una "mercancía" valiosa, manipulada por estrategias no académicas.

La institución universitaria es, pues, escuela de ciudadanía, comunidad de actores comprometidos, según la expresión de Raymond Aron, y esa condición no sólo la actualiza formando ciudadanos, sino también criticando los acontecimientos sociales, debatiendo sobre lo que le conviene a la nación y, ante todo, ejerciendo una conciencia alerta.

Hablar de desmoralización equivale a hablar de desaliento. Es, en muchos casos, la sensación que percibimos en el hombre corriente a quien se pidió sacrificios y privaciones en nombre de un futuro mejor para todos y hoy descubre que estamos aún en el punto de partida por obra de un círculo de corrupción que desnaturalizó todo proyecto nacional. Pero ese desaliento puede no ser sólo

abatimiento, sino también resignación y, en el peor de los casos, la cínica conformidad del funcionario que medra a costa del erario público, del conductor que ignora toda norma de tránsito, del hombre público –académico, empresario, político– que, a cambio de una ilícita recompensa y contradiciendo lo que sostuvo el día anterior, se aviene a poner sus talentos al servicio del autócrata bajo la coartada de que así ha sido y será siempre en nuestros países.

Para toda persona deseosa de tomar verdaderamente las riendas de su propia vida y de experimentar a plenitud el mundo que lo rodea, el incremento constante de los conocimientos es, más que una obligación, una verdadera pasión. No hay momento fijo para comenzar ese camino –el de la lectura, la reflexión, la investigación, la discusión razonada– y menos aún existe un momento para darlo por concluido.

Los enfoques de desarrollo suelen asumir, como un presupuesto casi incuestionable, que éste es un proceso siempre en positivo, que las sociedades avanzan por naturaleza hacia condiciones mejores. A pesar de ser ésta una aspiración legítima, las evidencias sobre el carácter crónico y creciente de las condiciones de pobreza en sectores cada vez más numerosos de nuestro país nos obligan a repensar las acciones que, desde múltiples perspectivas, se ejecutan en favor del desarrollo.

...es la propia voluntad de gobernantes y gobernados la que nos ha de permitir avanzar hacia una sociedad más democrática, más igualitaria, menos excluyente y mejor gobernable.

..nuestra democracia, siempre en vías de consolidación, se encuentra a la espera, todavía, de ser apuntalada por un liderazgo decidido y prudente y por un manejo honesto del poder, ese privilegio que es conferido por los ciudadanos y que debe ser utilizado para la búsqueda del bien común y no para satisfacer intereses o caprichos personales.

No somos todavía una democracia porque no somos, todavía, una República de iguales.

...si por un lado es urgente encontrar una opción alternativa frente a la profunda crisis moral e intelectual de nuestros gobernantes y representantes, por otro lado es indispensable dar los pasos, ya, para que el diseño profundo de nuestra sociedad –su aparato económico, sus formas de relacionarse entre las personas, su sistema de oportunidades, los valores que rigen nuestra vida cotidiana– se transformen de raíz.

Esos jóvenes que todavía tocan las puertas de sus universidades locales decididos a hacerse profesionales ahí, a sabiendas de la precariedad en que ellas sobreviven, son una de las mejores oportunidades para el desarrollo regional y merecen la pronta atención no solamente del Estado sino también de las empresas privadas y de todos quienes se sientan comprometidos con el desarrollo económico de nuestro país.

Quiero decir, pues, que si el establecimiento de una comunidad plena de derechos comienza por el indispensable respeto a los demás –a su integridad física, a su derecho de creer, opinar y obrar libremente– ella sólo camina hacia la madurez cuando el respeto se transforme en esa forma de cultura activa que llamamos *solidaridad*.

2004

Hablar de la tolerancia nos conduce, es claro, a hablar sobre el valor y el sentido de las convicciones morales, tan necesarias en el mundo de hoy. Y en esa reflexión se ha de reconocer una vez más a la universidad como una institución que debe desempeñar un papel de la más alta importancia, pues ella se entiende como lugar del pensamiento libre, espacio de la crítica fundada y razonable, ámbito en el que se respira justamente comprensión y tolerancia.

Nadie que se encuentre al tanto de la vida intelectual en el Perú de hoy puede ignorar nuestra apertura en el campo de las ideas, ni tampoco la permanente y amplia convocatoria que extendemos a la sociedad peruana para contribuir a que ella alcance a ser una nación pacífica, justa y solidaria.

No será la mano invisible del mercado la que al fin de cuentas permita la afirmación de una institución que, asumiendo de manera responsable el bien precioso de su autonomía, entregue a nuestras naciones personas más dignas e ilustradas al tiempo que diseña gracias al cotidiano ejercicio de la inteligencia los nuevos caminos que la ciencia y la tecnología habrán de recorrer para que nuestros países alcancen el anhelado desarrollo el cual sólo se hará merecedor de ese nombre si es que tiene rostro humano.

Si algo valioso y perdurable puede rescatarse de los terribles años de violencia y corrupción que ensombrecieron nuestra historia nacional reciente, ello es sin duda la vigorosa participación de la sociedad civil. Y al mencionar esto, estoy pensando en la enorme variedad de ciudadanos que se hallan concernidos de un modo consistente con el quehacer de nuestro país y que, al hacerlo, nos demuestran que no es posible edificar una nación justa y democrática sin el apoyo de la civilidad organizada.

Nos encontramos, en efecto, inmersos de modo seguramente ineludible en una civilización de rasgos y tendencias cada vez más globales, o mundiales, pero ello no significa en modo alguno que dicha civilización haya incrementado los lazos de solidaridad entre las naciones o entre los pueblos. El asunto merece una atención especial porque parece expresar un proceso paradójico: la civilización contemporánea crea lazos o redes de alcance cada vez más universal, pero ello no trae consigo de manera visible un incremento de la solidaridad. Por el contrario, el mundo de hoy enfrenta el riesgo de ser llevado en la dirección opuesta, esto es, hacia un creciente aislamiento de los individuos, hacia la pérdida de su identidad cultural y hacia el resquebrajamiento de los lazos de cooperación y adhesión recíproca.

El tiempo de la universidad es el tiempo de la sociedad que la acoge; sus urgencias son las mismas, y también lo son sus ilusiones, sus preocupaciones y sus proyectos. Sólo haciéndose cargo de ese lazo, puede resultar fructífero el quehacer de los claustros.

La manera principal en que la orientación ética de las conductas aparece necesaria y conveniente para el desarrollo económico de una

sociedad es en cuanto generadora de confianza. Dicha confianza resulta, en efecto, indispensable sobre todo en sociedades donde la vida económica transcurre principalmente en las instituciones del mercado; es decir, en una situación en la cual los sujetos son libres para elegir sus acciones y en la cual, además, realizan esas elecciones mediante una deliberación interna y racional sobre lo que les resulta más satisfactorio o rentable.

Corresponde a la universidad abogar incesantemente en defensa de la identidad de lo humano. Identidad significa, hay que decirlo hoy con más énfasis que nunca: constitución de caracteres originales sobre la base de un reconocimiento mutuo anclado en el diálogo y la comunicación, la aceptación de la pluralidad a partir de lo común y compartido, sin que el resultado sea una nivelación de las diferencias, sino mas bien el presupuesto necesario para el desarrollo de calidades singulares que empero sólo alcanzan sentido en el seno de una radical dignidad común.

Sin esa cuota de fantasía, sin esa fe en el arte, aquello que solemos llamar cotidianeidad se tornaría en un horizonte estéril y confuso. Nos volveríamos prisioneros de la rutina, nos haríamos menos sensibles al universo de nuestros afectos, debilitaríamos la inteligibilidad de nuestro entorno y avanzaríamos por el oscuro camino que nos conduce al divorcio entre aquello que somos y lo que deseamos y debemos ser.

Índice

Presentación, por Marcial Rubio Correa Vicerrector Académico	5
<i>Salomón Lerner, rector y ciudadano esclarecido,</i> por Máximo Vega-Centeno Bocángel	11
<i>Salomón Lerner Febres, auténtico universitario,</i> por Luis Guzmán Barrón Sobrevilla	25
<i>En mi casa universitaria,</i> por Salomón Lerner Febres	28
<i>Ideario de Salomón Lerner Febres</i>	37

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Archivo de la Universidad

César Gutiérrez Muñoz
Archivero de la Universidad

Beatriz Montoya Valenzuela
Vanessa Veintemilla Minaya
Pablo Páucar Chumpitaz
Carolina Uceda Castro
Roberto Zuloeta Arroyo
Soledad Acosta Mondragón
Cynthia Llanos Ramírez
Luis Sandoval Gómez
Archiveros

Marita Dextre Vitaliano
Administradora

Javier Mendoza Suyo
Conservador

Erick Ragas Rojas
Bibliotecario

Elizabeth García Vásquez
Diagramadora

Benito Paredes Castro
Impresor

El número 40 de los *Cuadernos del Archivo de la Universidad* se terminó de editar en la imprenta PUCP (San Miguel, Lima) el 29 de junio del 2005, festividad de San Pedro y San Pablo, Día del Papa. La edición consta de trescientos ejemplares numerados.